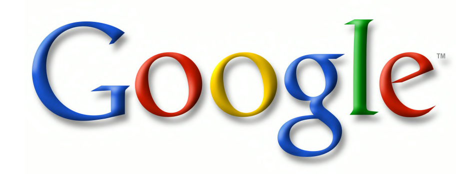
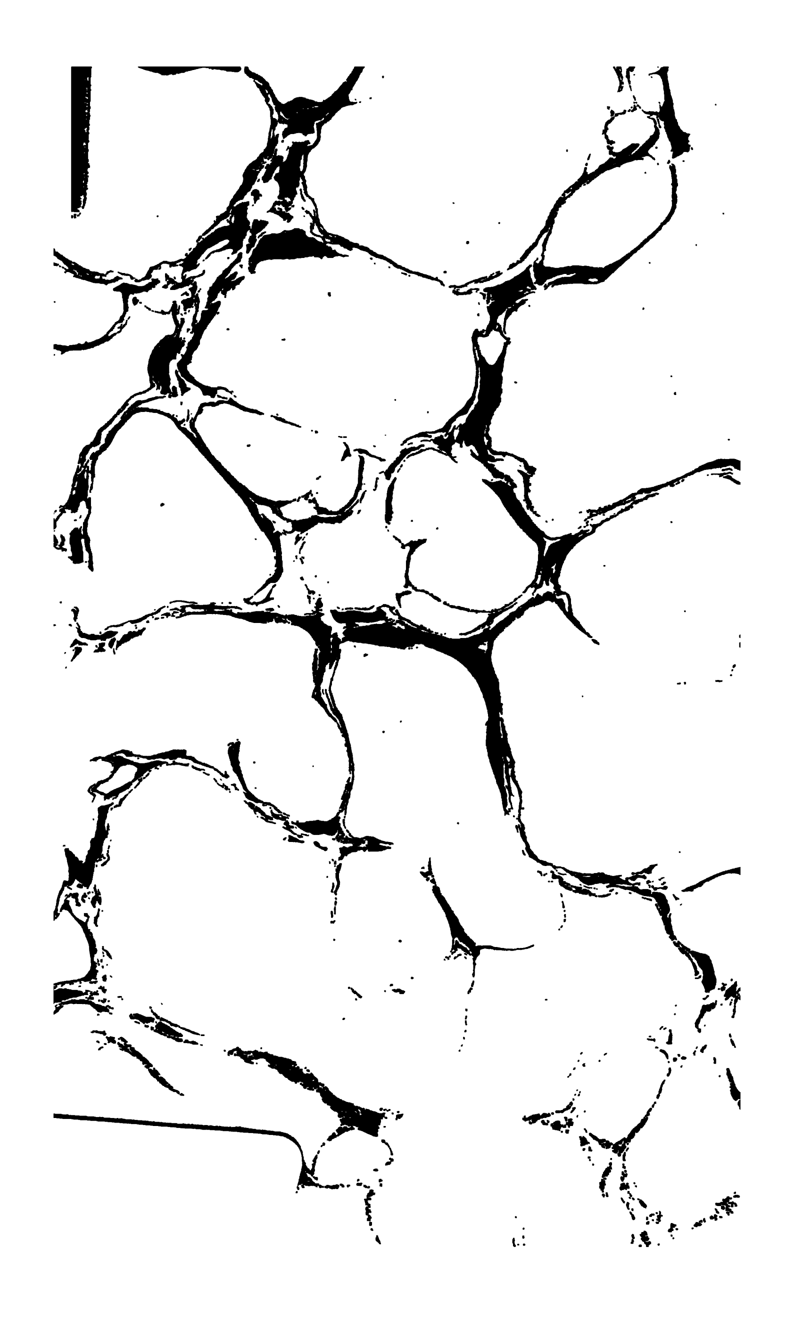



980 .C691 V.1
C.1
Verdadera relaci on de
Stanford University Libraries
3 6105 048 995 232





COLECCION DE LIBROS

QUE

TRATAN DE AMÉRICA

RAROS Ó CURIOSOS

TOMO PRIMERO

TIRADA DE 500 EJEMPLARES.

VERDADERA RELACION

DE LA

Conquista del Perú

POR

FRANCISCO DE XEREZ

UNO DE LOS PRIMEROS CONQUISTADORES.

Segun la primera edicion impresa en Sevilla en 1534



MADRID 1891

Reproducimos á continuacion la portada de la primera edicion hecha en Sevilla el año de 1534 en letra gótica.

Verdadera relacion de la coquista del Peru y Provincia del Cuzco

llamada la Nueva Castilla, coquistada por Francisco de Picarro, capitan de la S. C. C. M. del Imperador Nuestro Señor embiada á S. M.

por

Francisco de Xerez

uno de los primeros conquistadores

Anno  1534

Con Privilegio Real en Seuilla
por Bartolomé Perez

Verdadera relacion de la coquista del Peru y Provincia del Cuzco

llamada la Nueva Castilla, coquistada por Francisco de Picarro, capitan de la S. C. C. M. del Emperador Nuestro Señor embiada á S. M.

por

Francisco de Xerez

uno de los primeros conquistadores

Anno  1534

Con Privilegio Real en Seuilla
por Bartolomé Perez

NOTICIA BIOGRÁFICA DE FRANCISCO DE XEREZ

La vida de Francisco de Xerez es tan desconocida de todos los eruditos, como la de tantos hombres ilustres que florecieron en España en el siglo XVI.

No se sabe de ellos más que lo que su modestia permitió que se diese á luz. Por las quintillas impresas al fin de la edición hecha en Sevilla en 1534, se deduce que Francisco de Xerez nació en Sevilla el año 1504. Fué hijo de Pedro de Xerez, ciudadano honrado que le educó como correspondía á su clase. Se embarcó cuando apenas contaba quince años para las Indias, donde por su bizarría, buen comportamiento y aplicación llegó á ganarse las simpatías de Francisco Pizarro, y acompañándole en todas sus expediciones, logró que le nombrase su secretario.

Desde el año 1510, en que empezaron sus aventuras, hasta el año 1532, pasó muchos trabajos y vivió en la más completa miseria; mas el año 1533, en que se verificó la captura de Atabalipa, le cupo en suerte, como premio á sus buenos servicios, un botin ó repartimiento de ciento y diez arrobas de buena plata, y expresó que trajo este caudal en nueve cajas.

En el año 1534 volvió á su patria y retirado de la vida militar, hizo imprimir la relación de la conquista del Perú, que trajo escrita de orden de Pizarro, para entregársela al emperador.

En su larga estancia en las Indias había trabado amistad con el entonces cronista de las Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo, y como en el verano de 1534 se encontraron los dos amigos en Sevilla, Oviedo le aconsejó que dirigiese al emperador una epístola en verso Xerez jamás había compuesto en verso y dijo á Oviedo que le era imposible hacerlos, pues no sabía. Entonces Oviedo se brindó á componer dicha epístola, y sin duda más adelante hubo dearrepentirse, pues en la edición de Salamanca, 1547, se suprimieron todos los versos que redundaban en pró de Xerez; para incluirlos íntegros nos hemos tenido que valer de la copia que se halla en la *Historia de la*

Literatura Española, de Ticknor, tomo II, página 514.

De dichos versos resulta que Francisco de Xerez fué varón de vida honesta, virtuoso y caritativo, pues al imprimirse su obra llevaba ya dados de limosna mil y quinientos ducados sin contar muchos socorros y auxilios que á las personas necesitadas repartía á escondidas

Si en su obra no encuentran los eruditos y hombres de ciencia citas de autores ni hechos que se apoyen en documentos justificativos, bueno es que tengan en cuenta que es libro escrito sobre el campo de batalla y en el mismo dia en que se verifican los sucesos, y ninguna cita ó documento puede dar más garantías que la relación escrita por un testigo ocular, que interviene como actor importante en los trágicos sucesos que refiere.

Franciscco de Xerez fué un historiador español de la primera mitad del siglo XVI, que no cita ninguna obra de españoles ilustres, lo que prueba que España siempre fué ingrata con los hombres que màs contribuyeron á enaltecer sus glorias.

Madrid 21 de Junio de 1890.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA POR ORDEN CRONOLÓGICO DE LAS EDICIONES QUE SE HAN HECHO DE ESTA OBRA EN ESPAÑOL, ITALIANO, FRANCÉS É INGLÉS.

1.ª edición. *Verdadera relacion de la conquista del Perú*, fecha por Francisco de Xerez; en Sevilla, por Bartolomé Perez, 1534, folio gótico, 45 hojas sin numeracion.

2.ª *Libro primo de la conquista del Perú et provincia del Cuzco delle Indie occidentali, con gratia et privilegio per anni X;* (al fin) *stampato in Vinegia per maestro Sthepano da Labio del MDXXXV nel mese di Marzo,* un vol en 4.° (Traduccion hecha por Domingo de Gaztelú, gentil-hombre navarro de la villa de Tudela, embajador del emperador Carlos V en la corte de Venecia.

3.ª En Milan, 1535, un vol. en 4.° (Reproduccion de la version italiana de Gaztelu).

4.ª En Salamanca por Juan de Junta, 1547, en fol. gótico: 25 hojas.

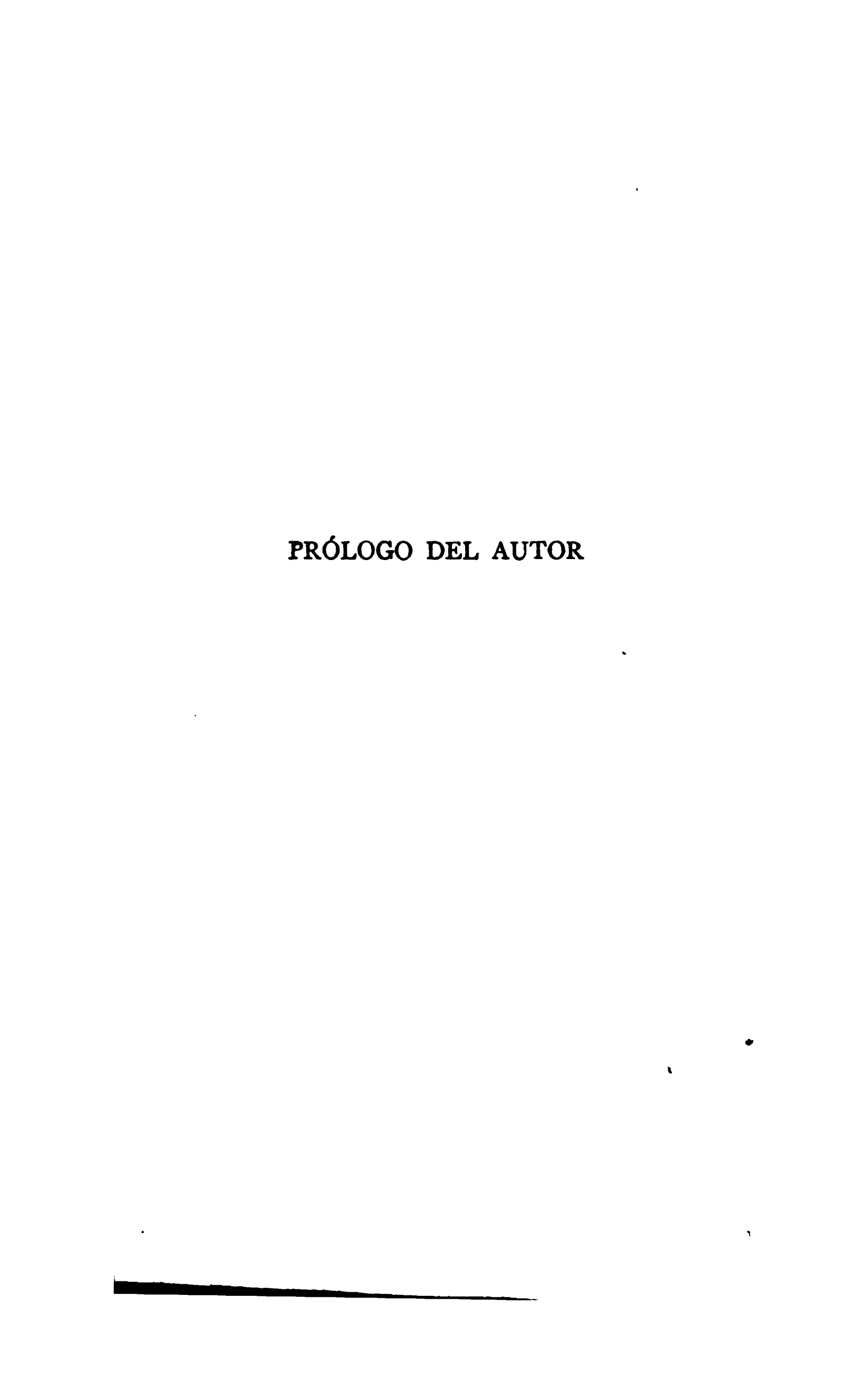
5.ª *Ramusio delle navigationi et viaggi in Venegia*; 1555, 3 volúmenes en fol. (La relación de Xerez ocupa en el vol. 3.° las páginas 371 á 414).

6.ª A. Gonzalez Barcia: *Historiadores primitivos de Indias*, en Madrid, 1749, 3 vol. en folio; entre las páginas 169 á 237 del tomo 3.° se halla la obra de Xerez. Es cosa singular que á todos los ejemplares les falte la hoja que sirve de portada á la obra que nos ocupa.

7.ª *Ternaux-Compans Relation veridique de la conquite du Perou.* Par Francois de Xerez, París, 1837, en 8.°, VIII, 199 páginas. Version muy correcta, pero sin las quintillas que lleva esta edicion al final, pues dice que no son de suficiente mérito para traducirlas.

8.ª Cotta, 1847, traducida al aleman por Felipe Külb.

9.ª *Reports on the Discovery of Peru.* I. *Reports of Francisco de Xerez.* II. *Reports of Miguel Estete on the expedition to Pachacamac. Notes by Clement Marhhan*, London, 1872, in 8.°



PRÓLOGO DEL AUTOR

PRÓLOGO.

Porque á gloria de Dios nuestro soberano Señor, y honra y servicio de la católica cesárea majestad, sea alegría para los fieles y espanto para los infieles, y finalmente admiracion á todos los humanos, la Providencia divina y la ventura del César, y la prudencia y esfuerzo y militar disciplina y trabajosas y peligrosas navegaciones y batallas de los españoles, vasallos del invictísimo Cárlos, emperador del romano imperio, nuestro natural rey y señor; me ha parecido escrebir esta relacion, y enviarla á su majestad para que todos tengan noticia de lo ya dicho, que sea á gloria de Dios; porque, ayudados con su divina mano, han vencido y traido á nuestra santa fe católica tanta multitud de gentilidad, y á honra de nuestro César, porque con su gran poder y buena ventura en su tiempo tales cosas suceden, y alegría de los fieles que por ellos tales y tantas batallas se han vencido, y tantas provin-

2

cias descubierto y conquistado, y tantas riquezas traidas para su rey y reinos y para ellos; y será lo dicho, que los cristianos han hecho temor á los infieles y admiracion á todos los humanos; porque, ¿cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir á conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los judíos, griegos ni romanos, de quien mas que de todos se escribe; porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fué con igual ó poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveidas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados. Mas nuestros españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron juntos sino doscientos ó trescientos, y algunas veces ciento y aun menos; y el mayor número fué sola una vez veinte años há, que fueron con el capitan Pedrarias mil y trescientos hombres. Y los que en diversas veces han ido no han sido pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y á su costa han ido; y así, han conquistado en nuestros tiempos mas tierra que la que antes se sabia que todos los príncipes fieles y infieles poseian, manteniéndose con los mantenimientos

bestiales de aquellos que no tenian noticia de pan ni vino; sufriéndose con yerbas y raíces y frutas, han conquistado lo que ya todo el mundo sabe; y por tanto, no escrebiré al presente mas de lo sucedido en la conquista de la Nueva Castilla, y mucho no escrebiré, por evitar prolijidad.



CONQUISTA DEL PERÚ.

CONQUISTA DEL PERÚ.

Siendo descubierta la mar del Sur, y conquistados y pacificados los moradores de Tierra-Firme; habiendo poblado el gobernador Pedrarias de Avila la ciudad de Panamá y la ciudad de Nata, y la villa del Nombre de Dios; viviendo en la ciudad de Panamá el capitan Francisco Pizarro, hijo del capitan Gonzalo Pizarro, caballero de la ciudad de Trujillo; teniendo su casa y hacienda y repartimiento de indios como uno de los principales de la tierra, porque siempre lo fué, y se señaló en la conquista y poblacion en las cosas del servicio de su majestad; estando en quietud y reposo, con celo de conseguir su buen propósito y hacer otros muchos señalados servicios á la corona real, pidió licencia á Pedrarias para descubrir por aquella costa del mar del Sur á la via de levante, y gastó mucha parte de su hacienda en un navío grande que hizo, y en

otras cosas necesarias para su viaje. Y partió de la ciudad de Panamá á 14 dias del mes de noviembre de 1524 años, llevando en su compañía ciento y doce españoles, los cuales llevaban algunos indios para su servicio. Y comenzó su viaje, en el cual pasaron muchos trabajos por ser invierno y los tiempos contrarios. Dejo de decir muchas cosas que les sucedieron, por evitar prolijidad; solamente diré las cosas notables que más hacen al caso.



Setenta dias después que salieron de Panamá saltaron en tierra en un puerto que después se nombró de la Hambre; en muchos de los puertos que antes hallaron habian tomado tierra, y por no hallar poblaciones los dejaban; y en este puerto se quedó el capitan con ochenta hombres (que los demás ya eran muertos); y porque los mantenimientos se les habian acabado y en aquella tierra no los habia, envió el navío con los marineros y un capitan á la isla de las Perlas, que está en el término de Panamá, para que trujese mantenimientos, porque pensó que en término de diez ó doce dias socorrido; y como la fortuna siempre ó las más veces es adversa, el navío se detuvo

en ir y volver cuarenta y siete dias, y en este tiempo se sustentaron el capitan y los que con él estaban con un marisco que cogian de la costa de la mar con gran trabajo, y algunos, por estar debilitados, cogiéndolo se morian, y con unos palmitos amargos. En este tiempo que el navío tardó en ir y volver murieron más de veinte hombres; cuando el navío volvió con el socorro del bastimento, dijeron el capitan y los marineros que, como no habian llevado bastimentos, á la ida comieron un cuero de vaca curtido que llevaban para zurrones de la bomba, y cocido, lo repartieron. Con el bastimento que el navío trujo, que fué maíz y puercos, se reformó la gente que quedaba viva; y de allí partió el capitan en seguimiento de su viaje, y llegó á un pueblo situado sobre la mar, que está en una fuerza alta, cercado el pueblo de palenque; allí fallaron harto mantenimiento, y el pueblo desamparado de los naturales, y otro dia vino mucha gente de guerra; y como eran belicosos y bien armados, y los cristianos estaban flacos de la hambre y trabajos pasados, fueron desbaratados, y el capitan ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron; fueron feridos con él otros diez y siete hombres,

y cinco muertos; visto por el capitan este desbarato, y el poco remedio que allí habia para curarse y reformar su gente, embarcóse y volvió á la tierra de Panamá, y desembarcó en un pueblo de indios cerca de la isla de las Perlas, que se llama Cuchama; de allí envió el navío á Panamá, porque ya no se podia sostener en el agua, de la mucha broma que habia cogido. Y fizo saber á Pedrarias todo lo sucedido, y quedóse curando á sí y á sus compañeros. Cuando este navío llegó á Panamá, pocos dias antes habia partido en seguimiento y busca del capitan Pizarro el capitan Diego de Almagro, su compañero, con otro navío y con setenta hombres, y navegó hasta llegar al pueblo donde el capitan Pizarro fué desbaratado; y el capitan Almagro hubo otro recuentro con los indios de aquel pueblo, y tambien fué desbaratado y le quebraron un ojo, y hirieron muchos cristianos; con todo esto, ficieron á los indios desamparar el pueblo y lo quemaron. De allí se embarcaron y siguieron la costa hasta llegar á un gran rio que llamaron de San Juan, porque en su dia llegaron allí; donde hallaron alguna muestra de oro, y no hallando rastro del capitan Pizarro, volvióse el capitán Almagro á Cuchama, donde lo halló; y concertaron que el capitan Almagro fuese á Panamá

y aderezase los navíos, y hiciese más gente para proseguir su propósito y acabar de gastar lo que les quedaba, que ya debian más de diez mil castellanos. En Panamá hubo gran contradicion de parte de Pedrarias y de otros, diciendo que no se debia proceder en tal viaje, de que su majestad no era servido. El capitan Almago, con el poder que llevaba de su compañero, tuvo mucha constancia en lo que los dos habian comenzado, y requirió al gobernador Pedrarias que no los estorbase, porque ellos creian, con ayuda de Dios, que su majestad seria servido de aquel viaje; á Pedrarias fué forzado consentir que hiciese gente. Con ciento y diez hombres salió de Panamá, y fué donde estaba el capitan Pizarro con otros cincuenta de los primeros ciento y diez que con él salieron, y de los setenta que el capitan Almagro llevó cuando le fué á buscar; que los ciento y treinta ya eran muertos. Los dos capitanes partieron en sus dos navíos con ciento y setenta hombres, y iban costeaudo la tierra, y donde pensaban que habia poblado saltaban en tierra con tres canoas que llevaban, en las cuales remaban sesenta hombres; y así iban á buscar mantenimiento. Desta manera anduvieron tres años pasando grandes trabajos, hambres y frios; y murió de hambre la mayor parte

dellos, que no quedaron vivos cincuenta, sin descubrir hasta en fin de los tres años buena tierra, que todo era ciénagas y anegadizos inhabitables; y esta buena tierra que se descubrió fué desde el rio de San Juan, donde el capitan Pizarro se quedó con la poca gente que le quedó, y envió un capitan con el mas pequeño navío á descubrir alguna buena tierra de la costa adelante, y el otro navío envió con el capitan Diego de Almagro á Panamá para traer mas gente, porque yendo los dos navíos juntos y con la gente no podian descubrir, y la gente se moria. El navío que fué á descubrir volvió á cabo de setenta días al rio de San Juan, adonde el capitan Pizarro quedó con la gente; y dió relacion de lo que le habia sucedido, y fué, que llegó hasta el pueblo de Cancebi, que es en aquella costa, y antes deste pueblo habian visto, los que en el nnavío iba, otras poblaciones muy ricas de oro y plata, y la gente de mas razon que toda la que antes habian visto de indios; y trujeron seis personas para que deprendiesen la lengua de los españoles, y trujeron oro y plata y ropa. El capitan y los que con él estaban recibieron tanta alegría, que olvidaron todo el trabajo pasado y los gastos que habian hecho. Y como aquellos que deseaban verse en aquella tierra, pues tan



buena muestra daba de sí, venido el capitan Almagro de Panamá con el navío cargado de gente y caballos, los dos navíos con los capitanes y toda la gente salieron del rio de San Juan para ir á aquella tierra nuevamente descubierta; y por ser trabajosa la navegacion de aquella costa, se detuvieron mas tiempo de lo que los bastimentos pudieron suplir, y fué forzado saltar la gente en tierra, y caminando por ella buscaban mantenimientos, por donde los podian haber, para comer. Y los navíos por la mar llegaron á la bahía de San Mateo y á unos pueblos que los españoles les pusieron por nombre de Santiago, y á los pueblos de Lacamez, llegando noventa españoles á una legua del pueblo, los salieron á recebir mas de diez mil indios de guerra, y viendo que no les querian hacer mal los cristianos ni tomarles de sus bienes, antes con mucho amor tratándoles la paz, los indios dejaron de les hacer guerra, como ellos traian en propósito. En esta tierra habia muchos mantenimientos, y la gente tenia muy buena órden de vivir; los pueblos con sus calles y plazas: pueblo habia que tenia mas de tres mil casas, y otros habia menores.

Pareció á los capitanes é á los otros españoles que, siendo tan pocos, no harian fructo en aquella tierra, por no poder resistir á los

indios; é acordaron que se cargasen los navíos del mantenimiento que en aquellos pueblos habia, y que volviesen atrás, á una isla que se dice del Gallo, porque allí podian estar seguros entre tanto que los navíos llegaban á Panamá á hacer saber al Gobernador la nueva de lo descubierto, y á pedirle mas gente para que los capitanes pudiesen conseguir su propósito y pacificar la tierra. Y en los navíos iba el capitán Almagro, porque por algunas personas fué escripto al Gobernador que mandase volver la gente á Panamá, diciendo que no podian sufrir mas trabajos de los que habian sufrido en tres años que habia que andaban descubriendo; á lo cual proveyó el Gobernador que todos los que se quisiesen venir á Panamá, que pudiesen hacer, y los que quisiesen quedar para descubrir mas adelante que tuviesen libertad para ello; y así, se quedaron con el capitan Pizarro diez y seis hombres, é toda la otra gente se fué en los dos navíos á Panamá. El capitan Pizarro estuvo en aquella isla cinco meses, hasta que volvió el uno de los navíos, en el cual fueron cien leguas mas adelante de lo que estaba descubierto, y hallaron muchas poblaciones y mucha riqueza, y trujeron mas muestra de oro y plata y ropa de lo que antes habian traido, que los indios de su volun-



tad les daban; y así, volvió el capitan con ellos, porque el término que el Gobernador le habia dado se le acababa; y el dia que el término se cumplió entró en el puerto de Panamá.

Como estos dos capitanes estaban tan gastados, que ya no se podian sostener, debiendo, como debian, mucha suma de pesos de oro, con poco mas de mil castellanos que el capitan Francisco Pizarro pudo haber prestados entre sus amigos se vino con ellos á Castilla, y hizo relacion á su majestad de los grandes y señalados servicios que en servicio de su majestad habia hecho; en gratificacion de los cuales le hizo merced de la gobernacion y adelantamiento de aquella tierra, y del hábito de Santiago y de ciertas alcaidías, y del alguacilazgo mayor, y otras mercedes y ayudas de costa le fueron hechas por su majestad, como emperador y rey que á todos los que en su real servicio andan hace muchas mercedes, como ha siempre hecho. Por esta causa otros se han animado á gastar sus haciendas en su real servicio, descubriendo por aquella mar del Sur y por todo el mar Océano tierras y provincias que tan remotas están de la conversacion destos reinos de Castilla.

Despachado por su majestad el gobernador y adelantado Francisco Pizarro, partió del

puerto de Sanlúcar con una armada, y con próspero viento, sin ningun contraste, llegó al puerto del Nombre de Dios, y de allí se fué con su gente á la ciudad de Panamá, donde tuvo muchas contradicciones y estorbos para que no saliese de allí á ir á poblar la tierra que él habia descubierto, como su majestad le habia mandado. Y con la firmeza que en la prosecucion dello tuvo, con la mas gente, que fueron ciento y ochenta hombres y treinta y siete caballos, en tres navíos partió del puerto de Panamá; y tuvo tan venturosa navegacion, que en trece dias llegó á la bahia de San Mateo, que en los principios, cuando se descubrió, en mas de dos años no pudieron llegar á aquellos pueblos; y allí desembarcó la gente y los caballos, y fueron por la costa de la mar, y en todas las poblaciones della hallaban la gente alzada; y caminaron hasta llegar á un gran pueblo que se dice Coaque, al cual saltearon porque no se alzase como los otros pueblos; y allí tomaron quince mil pesos de oro y mil y quinientos marcos de plata y muchas piedras de esmeraldas, que por el presente no fueron conocidas ni tenidas por piedras de valor; por esta causa los españoles las daban y rescataban con los indios por ropa y otras cosas que los indios les daban por ellas. Y en este puerto

prendieron al cacique señor dél, con alguna gente suya, y hallaron mucha ropa de diversas maneras, y muchos mantenimientos, en que habia para mantenerse los españoles tres ó cuatro años.

Deste pueblo de Coaque despachó el Gobernador los tres navíos para la ciudad de Panamá y para Nicoragua, para que en ellos viniese mas gente y caballos, para poder efectuar la conquista y poblacion de la tierra; y el Gobernador se quedó allí con la gente reposando algunos dias hasta que dos de los navíos volvieron de Panamá con veinte y seis de caballo y treinta de pié; y estos venidos, partióse el Gobernador de allí con toda la gente de pié y de caballo, y anduvieron la costa adelante (la cual es muy poblada), poniendo á todos los pueblos debajo el señorío de su majestad; porque los señores destos pueblos, de una voluntad salian á los caminos á recebir al Gobernador sin ponerse en defensa; y el gobernador, sin les hacer mal ni enojo alguno, los recebia á todos amorosamente, haciéndoles entender algunas cosas para los atraer en conoscimiento de nuestra santa fe católica por algunos religiosos que para ello llevaba. Así anduvo el Gobernador con la gente española hasta llegar á una isla que se decia la Pugna, á la

cual los cristianos llamaron la isla de Santiago, que está dos leguas de la Tierra-Firme; y por ser esta isla bien poblada y rica y abundosa de mantenimientos, pasó el Gobernador á ella en los dos navíos y en balsas de maderos que los indios tienen, en las cuales pasaron los caballos.

El Gobernador fué recebido en esta isla por el cacique señor della con mucha alegría y buen recebimiento, así de mantenimientos que le sacaron al camino, como de diversos instrumentos músicos que los naturales tienen para su recreacion.

Esta isla tiene quince leguas en circuito; es fértil y bien poblada. Hay en ella muchos pueblos, y siete caciques son señores dellos, y uno es señor de todos ellos. Y este señor dió de su voluntad al Gobernador alguna cantidad de oro y plata. Y por ser el tiempo de invierno el Gobernador reposó con su gente en aquella isla; porque, caminando en tal tiempo con las aguas que hacia, no podia ser sin gran detrimento de los españoles; y entre tanto que pasó el invierno fueron allí curados algunos enfermos que habia. Y como la inclinacion de los indios es de no obedecer ni servir á otra generacion si por fuerza no son atraidos á ello, estando este cacique con el Gobernador pacífi-

camente, habiéndose ya dado por vasallo de su majestad: súpose por las lenguas que el Gobernador tenia consigo que el Cacique tenia hecha junta de toda su gente de guerra, y que habia muchos dias que no entendia en otra cosa sino en hacer armas, demás de las que los indios tenian; lo cual por vista de ojos se vió, porque en el mesmo pueblo donde los españoles estaban aposentados y el Cacique residia, se hallaron en la casa del Cacique y en otras muchas mucha gente toda puesta á punto de guerra, esperando á que se recogiese toda la gente de la isla para dar aquella noche sobre los cristianos. Sabida la verdad, y habida informacion secretamente, sobre ello, luego mandó el Gobernador prender al Cacique y á tres hijos suyos y á otros dos principales que pudieron ser presos y tomados á vida, y en la otra gente dieron todos los españoles de sobresalto, y aquella tarde mataron alguna gente; y los demás todos huyeron y desampararon el pueblo; y la casa del Cacique y otras algunas fueron metidas á saco, y en ellas se halló algun oro y plata y mucha ropa. Aquella noche en el real de los cristianos hubo mucha guarda, en que todos velaron, que eran setenta de caballo y ciento de pié; y antes que otro dia fuese amanescido se oyó en el real grita de gente de

guerra, y en breve tiempo se vió cómo se venian allegando al real mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras; y venida la gente, dividida por muchas partes, que tomaban el real de los cristianos en medio, y siendo el dia claro, viniendo la gente y entrándose por el real, mandó el Gobernador que los acometiesen con mucho ánimo; y al acometer fueron heridos algunos cristianos y caballos. Y todavía, como nuestro Señor favoresce y socorre en las necesidades á los que andan en su servicio, los indios fueron desbaratados y volvieron las espaldas, y los de caballo siguieron el alcance, hiriendo y matando en ellos; y en este recuentro fué muerta alguna cantidad de gente, y recogidos los cristianos al real. porque los caballos estaban fatigados, porque desde la manana hasta medio dia duró el seguir el alcance.

Otro dia envió el Gobernador la gente dividida en cuadrillas á buscar á los contrarios por la isla y á hacerles guerra; la cual se les hizo en término de veinte dias; de manera que ellos quedaron bien castigados, y diez principales fueron presos con el Cacique, porque él confesó que le habian aconsejado que ordenase la traicion que tenía urdida, y que él no



quería venir en ello, y no lo pudo estorbar á los principales. Destos hizo justicia el Gobernador, quemando á algunos, y á otros cortando las cabezas.

Por el alzamiento y traicion que el Cacique y indios de la isla de Santiago tenian ordenado se les hizo guerra, hasta que, apremiados della, desampararon la isla y se pasaron á Tierra-Firme; y por ser la isla tan poblada, abundosa y rica, porque no se acabasc de destruir, acordó el Gobernador de poner en libertad al Cacique, porque recogiese la gente que andaba derramada, y la isla se tornase á poblar. El Cacique fué contento, con voluntad de servir á su majestad de allí en adelante, por la honra que en su prision se le habia hecho. Y porque en aquella isla no se podia hacer fruto, el Gobernador se partió con algunos españoles y caballos, que en tres navíos que alli estaban cupieron, para el pueblo de Túmbez, que á la sazon estaba de paces, dejando alli la otra gente con un capitan en tanto que los navíos volvian por ella, y para ayudar á pasar mas presto, vinieron por mandado del Gobernador ciertas balsas de Túmbez, que el Cacique envió, y en ellas se metieron tres cristianos con alguna ropa. En tres dias arribaron los navíos á la playa de Túmbez. Y como el Gobernador salió en

tierra, halló la gente de los pueblos alzada; súpose de algunos indios que fueron presos, que se habian alzado los cristianos y ropa que traian en las balsas. Luego que la gente fué salida de los navíos, y los caballos fueron sacados, mandó el Gobernador volver por la gente que quedó en la isla. Él y la gente se aposentaron en el pueblo del Cacique en dos casas fuertes, la una á manera de fortaleza. El Gobernador mandó á los españoles que corriesen el campo, y que subiesen por un rio arriba que corre por entre aquellos pueblos, para que supiesen de los tres cristianos que en las balsas habian llevado, si se pudeisen hallar antes que los indios los matasen. Y aunque se puso mucha diligencia en correr la tierra, de la primera hora que los españoles desembarcaron no se pudieron hallar los tres cristianos ni saber dellos. Esta gente se recogió en dos balsas con toda la mas comida que pudo haber, y se prendieron algunos indios, de los cuales envió el Gobernador mensajeros al Cacique y á algunos principales, requiriéndoles de parte de su majestad que viniesen de paz y trujesen los tres cristianos vivos sin les hacer mal ni daño; y que él los recibiria por vasallos de su majestad, aunque habian sido transgresores; donde no, que les haria guerra á fuego y á sangre hasta

destruirlos. Algunos dias pasaron que no quisieron venir, antes se ensoberbecian y hacian fuertes de la otra parte del rio, que iba crecido y no se podia apear, y decian que pasasen allá los españoles, que á los otros tres ya los habian muerto. Como fué llegada toda la gente que en la isla habia quedado, el Gobernador mandó hacer una gran balsa de madera, y por el mejor paso del rio mandó pasar á un capitan con cuarenta de caballo y ochenta de pié, y pasaron en aquella balsa desde por la mañana hasta la hora de vísperas, y mandó á este capitan que les hiciese guerra, pues eran rebeldes y habian muerto á los cristianos; y que si después de haber castigado conforme al delicto que habian cometido viniesen de paz, que los recibiese, conforme á los mandamientos de su majestad, y que con ellos los requiriese y llamase. Así se partió este capitan con su gente, y después de haber pasado el rio, llevando sus guias, anduvo toda la noche hacia donde la gente estaba, y á la mañana dió sobre el real donde habian estado aposentados, y siguió el alcance todo aquel dia, hiriendo y matando en ellos, y prendió á los que á vida se pudieron tomar, y cerca de la noche los cristianos se recogieron á un pueblo, y otro dia por la mañana salió gente por sus cuadrillas en busca de los contrarios,

y así fueron castigados; y visto por el capitan que bastaba el daño que se les habia hecho, envió mensajeros á llamar de paz al Cacique, y el cacique de aquella provincia, que há por nombre Quilimasa, envió con los mensajeros un principal suyo, y por él respondió que por el mucho temor que tenia de los españoles no osaba venir; que si fuese cierto que no le habian de matar, que vernia de paz. El capitan respondió al mensajero que no recibiria mal ni daño, que viniese sin temor; que el Gobernador lo recibiria de paz por vasallo de su majestad, y le perdonaria el delicto que habia hecho. Con esta seguridad, aunque con mucho temor, vino el cacique con algunos principales. Y el capitan le recibió alegremente, diciendo que á los que venian de paz no se les habia de hacer daño, aunque se hubiesen alzado; y que pues él era venido, que no les haria mas guerra de la hecha; que hiciese venir su gente á los pueblos. Después que mandó llevar de la otra parte del rio el mantenimiento que halló, el capitan se fué con los españoles adonde habia quedado el Gobernador, llevando consigo al Cacique y á los principales indios, y contó al Gobernador todo lo que habia pasado; el cual dió gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hizo, dándoles victoria sin ser

herido algun cristiano, y díjoles que se fuesen á reposar. El Gobernador preguntó al Cacique que por qué se habia alzado y muerto los cristianos, habiendo sido tan bien tratado dél y habiéndole restituido mucha parte de su gente que el cacique de la isla le habia tomado, y habiéndole dado los capitanes que le habian quemado su pueblo para que él hiciese justicia dellos, creyendo que fuera fiel y agradesciera estos beneficios. El Cacique le respondió: «Yo supe que ciertos principales mios que en las balsas venian llevaron tres cristianos y los mataron, y yo no fuí en ello; pero tuve temor que me echásedes á mí la culpa.» El Gobernador le dijo: «Esos principales que eso hicieron me traed aquí, y venga la gente á sus pueblos.» El Cacique envió á llamar su gente y á los principales, y dijo que no se podian haber los que mataron á los cristianos, porque se habian ausentado de su tierra. Después que el Gobernador hubo estado allí algunos dias, viendo que no podian ser habidos los indios matadores, y que el pueblo de Túmbez estaba destruido, aunque parecia ser gran cosa, por algunos edificios que tenia y dos casas cercadas, la una con dos cercas de tierra ciega, y sus patios y aposentos y puertas con defensas, que para entre indios es buena fortaleza. Dicen los natura-

les que á causa de una gran pestilencia que en ellos dió, y de la guerra que han habido del cacique de la isla están asolados; y por no haber en esta comarca mas indios de los que están subjectos á este cacique, determinó el Gobernador de partirse con alguna gente de pié y de caballo en busca de otra provincia mas poblada de naturales para asentar en ella pueblo; y así, se partió, dejando en ella su tiniente con los cristianos que quedaron en guarda del fardaje, y el Cacique quedó de paz, recogiendo su gente á los pueblos.

El primero dia que el Gobernador partió de Túmbez, que fué á 16 de mayo de 1532 años, llegó á un pueblo pequeño, y en tres dias siguientes llegó a un pueblo que está entre unas sierras; el cacique señor de aquel pueblo fué llamado Juan; allí reposó tres dias, y en otras tres jornadas llegó á la ribera de un rio que estaba bien poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas: el camino está todo hecho á mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado á este rio, que se dice Turicarami, asentó su real en un pueblo grande llamado Puechio; y todos los mas caciques que habia el rio abajo vinieron de paz al Gobernador, y los deste pueblo le salieron á recebir al

camino. El Gobernador los recibió á todos con mucho amor, y les notificó el requirimiento que su majestad manda para atraellos en conoscimiento y obediencia de la Iglesia y de su majestad; y entendiéndolo ellos por sus lenguas, dijeron que querian ser sus vasallos, y por tales los recibió el Gobernador con la solenidad que se requiere, y dieron servicio y mantenimientos. Antes de llegar á este pueblo un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada, y dentro muchos aposentos, donde los cristianos se aposentaron, porque los naturales no rccibiesen enojo. Así en este como en todos los otros que venian de paz mandó el Gobernador pregonar, so graves penas, que ningun daño les fuese hecho en personas ni en bienes, ni les tomasen los mantenimientos mas de los que ellos quisiesen dar para el sostenimiento de los cristianos, castigando y ejecutando las penas en los que lo contrario hacian; porque los naturales traian cada dia cuanto mantenimiento era necesario, y yerba para los caballos, y servian en todo lo que les era mandado. Como el Gobernador viese la ribera de aquel rio ser abundosa y muy poblada, mandó que se viese la comarca della, y si habia puerto en buen paraje; y fué hallado muy buen puerto á la costa de la mar cerca desta

ribera y caciques señores de mucha gente en parte donde podian venir á servir este rio. El Gobernador fué á visitar todos estos pueblos, y vistos, dijo que le parecia ser buena esta comarca para ser poblada de españoles; y porque se cumpla lo que su majestad manda, y los naturales vengan á la conversion y conoscimiento de nuestra santa fé católica, hizo mensajeros á los españoles que quedaron en Túmbez que viniesen, para que, con acuerdo de las personas que su majestad mandase, hiciese la poblacion en la parte mas conveniente á su servicio y bien de los naturales; y después de enviado este mensajero, parecióle que habria dilacion en la venida si no fuese personá á quien el cacique é indios de Túmbez tuviesen temor, para que ayudasen á venir la gente, y envió á su hermano Hernando Pizarro, capitan general; y despues supo el Gobernador que ciertos caciques que viven en la sierra no querian venir de paz, aunque eran requeridos por los mandamientos de su majestad; y envió un capitan con veinte y cinco de caballo y gente de pié para traellos al servicio de su majestad. Hallándolos el capitan ausentados de sus pueblos, él les fué á requerir que viniesen de paz, y ellos vinieron de guerra, y el capitan salió contra ellos, y en breve tiempo, firiendo y matando, fueron des-

baratados los indios; y el capitan les tornó á requerir que viniesen de qaz; donde no, que les haria guerra hasta destruirlos; y así, vinieron de paz y el capitan los recibió; y dejando toda aquella provincia pacificada, se volvió donde el Gobernador estaba, y trujo los caciques; y el Gobernador los recibió con mucho amor y mándólos volver á sus pueblos y recoger su gente; y el capitan dijo que habia hallado en los pueblos destos caciques de la sierra minas de oro fino, y que los vecinos lo cogen, y trujo muestra dello, y que las minas están veinte leguas deste pueblo.

El capitan que fué á Túmbez por la gente vino con ella desde en treinta dias; alguna della vino por mar con el fardaje en un navío y en un barco y en balsas. Estos eran venidos de Panamá con mercadurías, y no trajeron gente, porque el capitan Diego de Almagro quedaba haciendo una armada para venir á esta poblacion con propósito de poblar por sí. Sabido por el Gobernador que estos navíos eran llegados, porque con más brevedad se descargase el fardaje y se subiese el rio arriba, él se partió del pueblo de Puechio por el rio abajo, con alguna gente. Llegado donde está un cacique llamado Lachira, halló ciertos cristianos que habian desembarcado, los cuales se queja-

ron al Gobernador que el Cacique les habia hecho mal tratamiento, y la noche antes no habian dormido de temor, porque vieron andar alterados á los indios y acaudillados. El Gobernador hizo informacion de los indios naturales, y halló que el cacique de Lachira con sus principales, y otro llamado Almotaje, tenian concertado de matar á los cristianos el dia que llegó el Gobernador. Vista la informacion, el Gobernador envió secretamente á prender al cacique de Almotaje y los principales indios, y él prendió tambien al de Lachira y algunos de sus principales, los cuales confesaron el delicto. Luego mandó hacer justicia, quemando al cacique de Almotaje y á sus principales é algunos indios y á todos los principales de Lachira: deste cacique de Lachira no fizo justicia, porque pareció no tener tanta culpa y ser apremiado de sus principales, y porque estas dos poblaciones quedaban sin cabezas y se perderian; el cual apercibió que de allí en adelante fuese bueno, que á la primera ruindad no le perdonaria, y que recogiese toda su gente y la de Almotaje, y la gobernase é rigiese, hasta que un muchacho, heredero de Almotaje, fuese de edad para gobernar. Este castigo puso mucho temor en toda la comarca; de manera que una junta que se dijo que tenian urdida to-

dos los comarcanos para venir á dar sobre el Gobernador y españoles, se deshizo, y de allí adelante todos sirvieron mejor, con más temor que antes. Hecha esta justicia, y recogida toda la gente y fardaje que vino de Túmbez, vista aquella comarca y ribera por el reverendo padre Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo, y por los oficiales de su majestad, el Gobernador, con acuerdo destas personas, como sus majestades mandan, (porque en esta comarca y ribera concurren las causas y cualidades que debe haber en tierra que ha de ser poblada de españoles, y los naturales della podrán servir sin padescer fatiga demasiada, teniendo principalmente respecto á su conservacion, como es la voluntad de su majestad que se tenga), asentó y fundó pueblo en nombre de su majestad. Junto á la ribera deste rio, seis leguas del puerto de mar, hay un cacique señor de una poblacion que se llama Tangarara, á la cual se puso por nombre San Miguel; y porque los navios que habian venido de Panamá no recibiesen detrimento dilatándose su tornada, el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de sus majestades, mandó fundir cierto oro que estos caciques y el de Túmbez habian dado de presente, y sacado el quinto perteneciente á sus majestades, la resta

perteneciente á la compañía el Gobernador la tomó prestada de los compañeros para pagarla del primer oro que se hubiese, y con este oro despachó los navíos, pagados sus fletes, y los mercaderes despacharon sus mercadurías y se partieron. El Gobernador envió á avisar al capitan Almagro, su compañero, cuánto seria deservido Dios y su majestad de intentar y hacer nueva poblacion para estorbarle su propósito. Habiendo proveido el Gobernador el despacho destos navíos, repartió entre las personas que se avecindaron en este pueblo las tierras y solares, porque los vecinos sin ayuda y servicio de los naturales no se podian sostener ni poblarse el pueblo, y sirviendo sin estar repartidos los caciques en personas que los administrasen, los naturales recibirian mucho daño; porque, como los españoles tengan conoscidos á los indios que tienen administracion, son bien tratados y conservados. A esta causa, con acuerdo del religioso y de los oficiales que les pareció convenir así al servicio de Dios y bien de los naturales, el Gobernador depositó los caciques y indios en los vecinos deste pueblo, porque los ayudasen á sostener, y los cristianos los doctrinasen en nuestra santa fe conforme á los mandamientos de su majestad; entre tanto que provee lo que mas conviene al servi-



cio de Dios y suyo y bien del pueblo y de los naturales de la tierra, fueron elegidos alcaldes y regidores y otros oficiales públicos, á los cuales fueron dadas ordenanzas por donde se rigiesen.

Tuvo noticia el Gobernador que la via de Chincha y del Cuzco hay muchas y grandes poblaciones abundosas y ricas; y que doce ó quince jornadas deste pueblo está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen; y que léjos tierra de donde es natural, ha venido conquistando; y como llegó á la provincia de Caxamalca (por ser tan rica y apreciable), asentó en ella, y de allí va conquistando más tierra; y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste rio no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorescen con este Atabalipa, y dicen que á él tienen por señor y no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar á todos los cristianos; poniendo mucho temor con su acostumbrada crueldad. El Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa para traerlo al servicio de su majestad, y para pacificar las provincias comarcanas; porque, este conquistado, lo restante ligeramente seria pacificado.

Salió el Gobernador de la ciudad de San Miguel en demanda de Atabalipa á 24 dias de setiembre año de 1532. El primero dia de su camino pasó la gente el rio en dos balsas, y los caballos nadando; aquella noche durmió en un pueblo de la otra parte del rio; en tres dias siguientes llegó al valle de Piura, á una fortaleza de un cacique, adonde halló un capitan con ciertos españoles, al cual él habia enviado para pacificar aquel cacique, y porque no pusiesen en necesidad al cacique de San Miguel; allí estuvo diez dias reformándose de lo que era menester para su viaje; y contando los cristianos que llevaba, halló sesenta y siete de á caballo y ciento y diez de á pié, tres dellos escopeteros y algunos ballesteros; é porque el teniente de San Miguel le escribió que quedaban allá pocos cristianos, mandó pregonar el Gobernador que los que quisiesen volver á avecindarse en el pueblo de San Miguel que asignarian indios con que se sostuviesen, como á los otros vecinos que allá quedaban; y que él iria á conquistar con los que le quedasen, pocos ó muchos. De allí se volvieron cinco de caballo y cuatro de pié. Por manera que se cumplieron con estos cincuenta y cinco vecinos, sin otros diez ó doce que quedaron sin vecindades por su voluntad; al Gobernador



quedaron sesenta y dos de á caballo y ciento y dos de á pié. Allí mandó el Gobernador que hiciesen armas los que no las tenian, para sus personas y para sus caballos; y reformó los ballesteros, cumpliéndolos á veinte, y puso un capitan que tuviese cargo dellos.

Luego que hubo proveido en todo lo que convenia, se partió con la gente; y habiendo caminado hasta mediodía, llegó á una plaza grande cercada de tapias, de un cacique llamado Pabor; el Gobernador y su gente se aposentaron allí. Súpose que este cacique era gran señor, el cual al presente estaba destruido; que el Cuzco viejo, padre de Atabalipa, le habia destruido veinte pueblos y muerto la gente dellos. Con todo este daño, tenia mucha gente, y junto con él está otro su hermano, tan gran señor como él. Estos eran de paz, depositados en la ciudad de San Miguel; esta poblacion y la de Piura está en unos valles muy buenos. El Gobernador se informó allí de los pueblos y caciques comarcanos y del camino de Caxamalca, y informáronle que dos jornadas de allí habia un pueblo grande, que se dice Caxas, en el cual habia guarnicion de Atabalipa esperando á los cristianos, si fuesen por allí.

Sabido por el Gobernador, mandó secreta-

mente á un capitan con gente de pié y de caballo, para que fuese al pueblo de Caxas, porque si allí hobiese gente de Atabalipa no tomasen soberbia yendo á ellos; y mandóle que buenamente procurase de los pacificar y traellos á servicio de su majestad, requiriéndoles por sus mandamientos. Luego aquel dia se partió el capitan; otro dia se partió el Gobernador, y llegó á un pueblo llamado Zaran, donde esperó al capitan que fué á Caxas; el cacique del pueblo trujo al Gobernador mantenimiento de ovejas y otras cosas, á una fortaleza donde el Gobernador llegó á mediodía. Otro dia partió de la fortaleza y llegó al pueblo de Zaran, en el cual mandó asentar su real para esperar al capitan que habia ido á Caxas; el cual desde en cinco dias envió un mensajero al Gobernador, haciéndole saber lo que les habia sucedido. El Gobernador respondió luego cómo en aquel pueblo quedaba esperando que desque hubiesen negociado viniesen á se juntar con él; y que de camino visitasen y pacificasen otro pueblo que está cerca de la ciudad de Caxas, que se dice de Gicabamba; y que tenia noticia que este cacique de Zaran es señor de buenos pueblos y de un valle abundoso, el cual está depositado en los vecinos de la ciudad de San Miguel. En ocho dias que el



Gobernador estuvo esperando al capitan se reformaron los españoles, y aderezaron sus caballos para la conquista y viaje. Venido el capitan con su gente, hizo relacion al Gobernador de lo que en aquellos pueblos habia visto; en que dijo que habia estado dos dias y una noche hasta llegar á Caxas, sin reposar más de á comer, subiendo grandes sierras por tomar de sobresalto aquel pueblo; y que con todo esto no pudo llegar (aunque llevó buenas guias) sin que en el camino topase con espías del pueblo; y que algunos dellos fueron tomados, de los cuales supieron cómo estaba la gente; y puestos los cristianos en órden, siguió su camino hasta llegar al pueblo, y á la entrada dél halló un asiento de real donde pareció haber estado gente de guerra.

El pueblo de Caxas está en un valle pequeño entre unas sierras, y la gente del pueblo estaba algo alterada; y como el capitan les dió seguro, y les hizo entender cómo venia de parte del Gobernador para los recibir por vasallos del Emperador; entonces salió un capitan, que dijo que estaba por Atabalipa recibiendo los tributos de aquellos pueblos, del cual se informó del camino de Caxamalca, y de la intencion que Atabalipa tenia para recebir á los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está

de allí á treinta jornadas; que tiene la cerca un dia de andadura, y la casa de aposento del cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo, que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapas de oro y plata entretegidas. Y que aquellos pueblos habian estado hasta un año antes por el Cuzco, hijo del Cuzco viejo; que hasta que Atabalipa, su hermano, se levantó, y ha venido conquistando la tierra, echándoles grandes pechos y tributos, y que cada dia hace en ellos grandes crueldades, y que, demás del tributo que le dan de sus haciendas y granjerías, se lo dan de sus hijos y hijas. Y que aquel asiento de real que allí estaba fué de Atabalipa, que pocos dias antes se habia ido de allí con cierta parte de su hueste, y que se halló en aquel pueblo de Caxas una casa grande, fuerte y cercada de tapias, con sus puertas, en la cual estaban muchas mujeres hilando y tejiendo ropas para la hueste de Atabalipa, sin tener varones, más de los porteros que las guardaban, y que á la entrada del pueblo habia ciertos indios ahorcados de los piés; y supo deste principal que Atabalipa los mandó matar porque uno dellos entró en la casa de las mujeres á dormir con una; al cual, y á todos los porteros que consintieron, ahorcó.

Como este capitan hubo apaciguado este pueblo de Caxas, fué al de Guacamba, que es una jornada de allí, y es mayor que el de Caxas y de mejores edificios, y la fortaleza toda de piedra bien labrada, asentadas las piedras grandes de largo de cinco y seis palmos, tan juntas, que parece no haber entre ellas mezcla, con su azotea alta de cantería, con dos escaleras de piedra en medio de dos aposentos. Por medio deste pueblo y del de Caxas pasa un rio pequeño, de que los pueblos se sirven, y tienen sus puentes con calzadas muy bien hechas. Pasa por aquellos dos pueblos un camino ancho, hecho á mano, que atraviesa toda aquella tierra, y viene desde el Cuzco hasta Guito, que hay más de trescientas leguas; va llano, y por la sierra bien labrado; es tan ancho, que seis de á caballo pueden ir por él á la par sin llegar uno á otro; van por el camino caños de agua traidos de otra parte, de donde los caminantes beben. A cada jornada hay una casa á manera de venta, donde se aposentan los que van y vienen. A la entrada deste camino en el pueblo de Caxas, está una casa al principio de una puente, donde reside una guarda que recibe el portazgo de los que van y vienen, y páganlo en la mesma cosa que llevan; y ninguno puede sacar carga del pueblo si no la mete

Aquesta costumbre tienen antiguamente, y Atabalipa la suspendió en cuanto tocaba á lo que sacaban para su gente de guarnicion. Ningun pasajero puede entrar ni salir por otro camino con carga, sino por do está la guarda, so pena de muerte. También dijo que halló en estos dos pueblos dos casas llenas de calzado y panes, de sal y un manjar que parecia albóndigas, y depósito de otras cosas para la hueste de Atabalipa; y dijo que aquellos pueblos tenian buena órden y vivian políticamente. Con el capitan vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitan que aquel indio habia venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabalipa le envia desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas á manera de fuente, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envia á decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca.

El Gobernador recibió el presente y le habló bien, diciendo que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, á quien él deseaba ver por las nuevas que dél



oia; que, como él supo que hacia guerra á sus contrarios, determinó de ir á verlo y ser su amigo y hermano y favorecerlo en su conquista con los cristianos que con él venian, y todo lo que hubiesen menester, y fuesen bien aposentados, como embajadores de tan gran señor; y después que hubieron reposado, los mandó venir ante sí, y les dijo que si querían volver ó reposar allí algun dia, que hiciesen á su voluntad.

El mensajero dijo que queria volver con la respuesta á su señor; el Gobernador le dijo: «Dirásle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en ningun pueblo del camino por llegar presto á verme con él.» Y dióle una camisa y otras cosas de Castilla para que le llevase. Partido este mensajero, el Gobernador se detuvo allí dos dias, porque la gente que habia venido de Caxas venia fatigada del camino; y entretanto escribió á los vecinos del pueblo de San Miguel la relacion que de la tierra tenia y las nuevas de Atabalipa, y les envió las dos fortalezas y ropas de lana de la tierra que de Caxas trujeron (que es cosa de ver en España la obra y primeza della, que más se juzgara ser seda que de lana, con muchas labores y figuras de oro, de martillo, muy bien asentado en la ropa).

Como el Gobernador hubo despachado estos mensajeros para el pueblo de San Miguel, él se partió, y anduvo tres dias sin hallar pueblo ni agua, más de una fuente pequeña, de donde con trabajo se proveyó. Al cabo de tres dias llegó á una gran plaza cercada, en la cual no halló gente; súpose que es de un cacique señor de un pueblo que se dice Copiz, que está cerca de allí en un valle, y que aquella fortaleza está despoblada porque no tenia agua. Otro dia madrugó el Gobernador con la luna, porque habia gran jornada hasta llegar á poblado; á medio dia llegó á una casa cercada con muy buenos aposentos, de donde le salieron á recebir algunos indios; y porque allí no habia agua ni mantenimientos, se fué dos leguas de allí al pueblo del cacique; llegado allá, mandó que la gente se aposentase junta en cierta parte dél.

Allí supo el Gobernador de los principales indios de aquel pueblo, que se llama Motux, que el cacique dél estaba en Caxamalca y que habia llevado trescientos hombres de guerra. Hallóse allí un capitán puesto por Atabalipa. Allí reposó el Gobernador cuatro dias, y en ellos vió alguna parte de la poblacion deste cacique, que pareció tener mucha en un valle abundoso.



Todos los pueblos que hay de allí hasta el pueblo de San Miguel están en valles, y asiemesmo todos aquellos de que se tiene noticia que hay hasta el pié de la sierra que está cerca de Caxamalca.

Por este camino toda la gente tiene una mesma manera da vivir: las mujeres visten una ropa larga que arrastra por el suelo, como hábito de las mujeres de Castilla; los hombres traen unas camisas cortadas; es gente sucia, comen carne y pescado, todo crudo; el maiz comen cocido y tostado; tienen otras suciedades de sacrificios y mezquitas, á las cuales tienen en veneracion; todo lo mejor de sus haciendas, ofrescen en ellas. Sacrifican cada mes á sus propios hijos, y con la sangre dellos untan las caras á los ídolos y las puertas á las mezquitas, y echan della encima de las sepulturas de los muertos; y los mesmos de quien hacen sacrificio se dan de voluntad á la muerte, riendo y bailando y cantando, y ellos la piden después que están hartos de beber, antes que les corten las cabezas; también sacrifican ovejas.

Las mezquitas son diferenciales de las otras casas, cercadas de piedra y de tapia, muy bien labradas, asentadas en lo más alto de los pueblos; en Túmbez y en estas poblaciones usan

un traje y tienen los mesmos sacrificios. Siembran de regadío en las vegas de los rios, repartiendo las aguas en acequias; cogen mucho maiz y otras semillas y raices, que comen; en esta tierra llueve poco.

El Gobernador caminó dos dias por unos valles muy poblados, durmiendo á cada jornada en casas fuertes cercadas de tapias; los señores destos pueblos dicen que el Cuzco viejo posaba en estas casas cuando iba camino por una tierra arenosa y seca, hasta que llegó á otro valle bien poblado, por el cual pasa un rio muy furioso y grande; y porque iba crecido, el Gobernador durmió de aquella parte, y mandó á un capitán que lo pasase á nado con algunos que sabian nadar; que fuese á los pueblos de la otra parte, porque no viniese gente á estorbar el paso.

El capitan Hernando Pizarro pasó, y los indios de un pueblo que están á la otra parte vinieron á él de paz, y aposentóse en una fortaleza cercada; y como viese que estaban alzados los indios de los pueblos, que aunque algunos indios salieron á él de paz, todos los pueblos estaban yermos y la ropa alzada, él les preguntó por Atabalipa, si sabian si esperaba de paz ó de guerra á los cristianos; y ninguno quiso decir verdad, por temor que tenian



de Atabalipa, hasta que, tomado parte un principal y atormentado, dijo que Atabalipa esperaba de guerra con su gente en tres partes, la una al pié de la sierra, y otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar á los cristianos; lo cual dijo este principal que él lo habia oido.

Otro dia por la mañana lo hizo saber el capitán al Gobernador. Luego mandó el Gobernador cortar árboles de la una parte y de la otra del rio, con que la gente y fardaje pasase; y fueron hechos tres pontones, por donde en todo aquel dia pasó la hueste y los caballos á nado; en todo esto trabajó el gobernador mucho fasta ser pasada la gente; y como hubo pasado, se fué á aposentar á la fortaleza donde el capítán estaba; y mandó llamar á un cacique, del cual supo que Atabalipa estaba adelante de Caxamalca, en Guamachuco, con mucha gente de guerra, que serian cincuenta mil hombres; como el Gobernador oyó tanto número de gente, creyendo que erraba el cacique en la cuenta, informóse de su manera de contar, y supo que cuentan de uno hasta diez, y de diez hasta ciento, y de diez cientos hacen mil, y cinco dieces de millares era la gente que Atabalipa tenía.

Este cacique de quien el Gobernador se in-

formó es el principal de los de aquel rio; el cual dijo que al tiempo que vino Atabalipa por aquella tierra, él se habia escondido por temor; y como no lo halló en sus pueblos, de cinco mil indios que tenia, le mató los cuatro mil, y le tomó seiscientas mujeres y seiscientos mochachos, para repartir entre su gente de guerra; é dijo que el cacique señor de aquel pueblo y fortaleza donde estaba se llama Cinto, y estaba con Atabalipa.

Aquí reposó el Gobernador con su gente cuatro dias; y un dia antes que se hubiese de partir habló con un indio principal de la provincia de San Miguel, y le dijo si se atrevia á ir á Caxamalca por espía y traer aviso de lo que hobiese en la tierra.

El indio respondió:

—«No osaré ir por espía; mas iré por tu mensajero á hablar con Atabalipa, y sabré si hay gente de guerra en la sierra, y el propósito que tiene Atabalipa».

El Gobernador dijo que fuese como quisiese; y que si en la sierra hobiese gente, como allí habian sabido, que le enviase aviso con un indio de los que consigo llevaba, y que hablase con Atabalipa y su gente, y les dijese el buen tratamiento que él y los cristianos hacen á los caciques de paz, y que no hacen guerra



sino á los que se ponen en ella, y que de todo les dijese verdad, segun lo que habia visto; y que si Atabalipa quisiese ser bueno, que él seria su amigo y hermano, y le favoreceria y ayudaria en su guerra.

Con esta embajada se partió aquel indio, y el Gobernador prosiguió su viaje por aquellos valles, hallando cada dia pueblo con su casa cercada como fortaleza, y en tres jornadas llegó á un pueblo que está al pié de la sierra, dejando á la mano derecha el camino que habia traido, porque aquel va siguiendo por aquellos valles la Chincha, y este otro vá á Caxamalca derecho; el cual camino se supo que iba hasta Chincha poblado de buenos pueblos, y viene desde el rio de San Miguel, hecho de calzada, cercado de ambas partes de tapia; dos carretas pueden ir por él á la par; y de Chincha vá al Cuzco, y en mucha parte dél van árboles de una parte y otra, puestos á mano para que hagan sombra al camino.

Este camino se hizo para el Cuzco viejo, por donde venia á visitar su tierra, y aquellas casas cercadas eran sus aposentos.

Algunos de los cristianos fueron de parecer que fuese el Gobernador con ellos por aquel camino á Chincha, porque por el otro camino habia una mala sierra de pasar antes de

llegar á Caxamalca, y en ella habia gente de guerra de Atabalipa, y yendo por allí se les podia seguir algun detrimento.

El Gobernador respondió que ya tenia noticia Atabalipa que él iba en su demanda desde que partió del rio de San Miguel; que si dejasen aquel camino dirian los indios que no osaban ir á ellos, y tomarian más soberbia de la que tenian; por lo cual, y por otras muchas causas, dijo que no se habia de dejar el camino comenzado, y ir á do quiera que Atabalipa estuviese; que todos se animasen á hacer como dellos esperaba; que no les pusiese temor la mucha gente que decian que tenia Atabalipa; que aunque los cristianos fuesea menos, el socorro de nuestro Señor es suficiente para que ellos desbaratasen á los contrarios y los hacer venir en conoscimiento de nuestra santa fe católica, como cada dia se ha visto hacer nuestro Señor milagros en otras mayores necesidades; que así lo haria en la presente, pues iban con buena intencion de atraer aquellos infieles al conoscimiento de la verdad, sin les hacer mal ni daño, sino á los que quisieren contradecirlo y ponerse en armas.

Hecho este razonamiento por el Gobernador, todos dijeron que fuese por el camino que le pareciese que más convenia; que todos

le seguirian con mucho ánimo, y al tiempo del efecto veria lo que cada uno hacia.

Llegados al pié de la sierra, reposaron un dia para dar órden en la subida.

Habido su acuerdo el Gobernador con personas experimentadas, determinó de dejar la retaguarda y fardaje, y tomó consigo cuarenta de á caballo y sesenta de á pié, y los demás dejó con un capitán, y mandóle que fuese en su seguimiento muy concertadamente, y que él le avisaria de lo que hobiese de hacer. Con este concierto comenzó á subir el Gobernador; los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que á mediodia llegaron á una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaria á una gran hueste, porque era tan agria, que por partes habia que subian como por escaleras, y no habia otra parte por do subir sino por solo aquel camino.

Subióse este paso sin que alguna gente lo defendiese; esta fortaleza está cercada de piedra, asentada sobre una sierra cercada de peña tajada.

Allí paró el Gobernador á descansar y á comer; es tanto el frio que hace en esta sierra, que, como los caballos venian hechos al calor que en los valles hacia, algunos dellos se res-

friaron. De allí fué el Gobernador á dormir á otro pueblo, y hizo mensajero á los que atrás venian, haciéndoles saber que seguramente podian subir aquel paso; que trabajasen por venir á dormir á la fortaleza.

El Gobernador se aposentó aquella noche en aquel pueblo en una casa fuerte, cercada de piedra y labrada de cantería, tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas; que si en esta tierra hobiese los maestros y herramientas de España no pudiera ser mejor labrada la cerca.

La gente deste pueblo era alzada, excepto algunas mujeres y pocos indios, de los cuales mandó el Gobernador á un capitán que tomase de los más principales dos, y les preguntase á cada uno por sí de las cosas de aquella tierra y dónde estaba Atabalipa, si esperaba de paz ó de guerra.

El capitán supo dellos cómo habia tres dias que Atabalipa era venido á Caxamalca y que tenia consigo mucha gente; que no sabian lo que queria hacer; que siempre habian oido que queria paz con los cristianos, y que la gente deste pueblo estaba por Atabalipa. Ya que el sol se queria poner llegó un indio de los que habia llevado el indlo que el Gobernador envió por mensajero, y dijo que le

habia enviado el principal indio que iba por mensajero desde cerca de Caxamalca, porque allí habia encontrado dos mensajeros de Atabalipa que venian atrás; que otro dia llegarian y que Atabalipa estaba en Caxamalca, y que él no quiso parar hasta ir á hablar á Atabalipa, y que él volveria con la respuesta, y que en el camino no habia hallado gente de guerra.

Luego el Gobernador hizo saber todo esto por su carta al capitán que habia quedado con el fardaje, y que otro dia caminaria pequeña jornada por esperalle, y de allí caminaria toda la gente junta.

Otro dia por la mañana caminó el Gobernador con su gente, subiendo todavía la sierra, y paró en lo alto della en un llano cerca de unos arroyos de agua, para esperar á los que atrás venian.

Los españoles se aposentaron en sus toldos de algodon que traian, haciendo fuego por defenderse del gran frio que en la sierra hacia; que en Castilla en tierra de campos no hace mayor frio que en esta sierra; la cual es rasa de monte, toda llena de una yerba como esparto corto; algunos árboles hay adrados, y las aguas son tan frias, que no se pueden beber sin calentarse.

Dende á poco rato que el Gobernador ha-

bia aquí reposado llegó la retaguarda, y por otra parte los mensajeros que Atabalipa enviaba, los cuales traian diez ovejas.

Llegados ante el Gobernador, y hecho su acatamiento, dijeron que Atabalipa enviaba aquellas ovejas para los cristianos y para saber el dia que llegarian á Caxamalca, para les enviar comida al camino.

El Gobernador los recibió bien, y les dijo que se holgaba con su venida, por enviarlos su hermano Atabalipa; que él iria lo más presto que pudiese.

Después que hobieron comido y reposado, el Gobernador les preguntó de las cosas de la tierra y de las guerras que tenia Atabalipa. El uno dellos respondió que cinco dias habia que Atabalipa estaba en Caxamalca para esperar allí al Gobernador, y que no tenia consigo sino poca gente; que la habia enviado á dar guerra al Cuzco, su hermano.

Preguntóle el Gobernador en partlcular lo que habia pasado en todas aquellas guerras, y cómo comenzó á conquistar; el indio dijo:

—«Mi señor Atabalipa es hijo del Cuzco viejo, que es ya fallecido, el cual señoreó todas estas tierras; y á éste su hijo Atabalipa dejó por señor de una gran provincia que está adeladte do Tomipunxa, la cual se dice Guito,



y á otro su hijo mayor dejó las otras tierras y señorío principal; y por ser sucesor del señorío se llama Cuzco, como su padre. Y no contento con el señorío que tenia, vino á dar guerra á su hermano Aiabalipa, el cual le envió mensajeros rogándole que le dejase pacíficamente en lo que su padre le habia dejado por herencia; y no lo queriendo hacnr el Cuzco, mató á sus herederos y á un hermano de los dos que fué con la embajada. Visto esto por Atabalipa, salió á él con mucha gente de guerra hasta llegar á la provincia de Tumepomba, que era del señorío de su hermano; y por defenderse de la gente, quemó el pueblo principal de aquella provincia y mató toda la gente. E allí le vinieron nuevas que su hermano habia entrado en su tierra haciendo guerra, y fué sobre él; y como el Cuzco supo su venida, fuése huyendo á su tierra. Atabalipa fué conquistando las tierras del Cuzco, sin que algun pueblo se le defendiese, porque sabian el castigo que en Tumepomba hizo, y de todas las tierras que señoreaba se rehacia de gente de guerra. Y como llegó á Caxamalca parecióle la tierra buena y abundante, y asentó allí, para acabar de conquistar toda la otra tierra de su hermano, y envió con un capitán dos mil hombres de guerra sobre la ciudad donde

su hermano reside; y como su hermano tenia mucho número de gente, matóle estos dos mil hombres; y Atabalipa tornó á enviar más gente con dos capitanes, seis meses há, y de pocos dias acá le han venido nuevas destos dos capitanes que han ganado toda la tierra del Cuzco hasta llegar á su pueblo, y han desbaratado á él y á su gente, y traen presa su persona, y le tomaron mucho oro y plata.»

El Gobernador dijo al mensajero:

—«Mucho he holgado de lo que me has dicho, por saber de la victoria de tu señor; porque, no contento su hermano con lo que tenia, queria abajar á tu señor del estado en que su padre le habia dejado. A los soberbios les acaesce como al Cuzco; que no solamente no alcanzan lo que malamente desean, pero aun ellos quedan perdidos en bienes y personas.»

Y creyendo el Gobernador que todo lo que este indio habia dicho era de parte de Atabalipa por poner temor á los cristianos y dar á entender su poderío y dertreza, dijo al mensajero:

—«Bien creo que lo que has dicho es así, porque Atabalipa es gran señor, y tengo nuevas que es buen guerrero; mas hágote saber que mi señor el Emperador, que es rey de



las Españas y de todas las Indias y Tierra-Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores señores que Atabalipa y capitanes suyos han vencido y prendido á muy mayores que Atabalipa y su hermano y su padre; y el Emperador me envió á estas tierras á traer á los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia, y con estos pocos cristianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabalipa. Y si él quisiere mi amistad y recebirme de paz, como otros señores lo han hecho, yo le seré buen amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará en su estado; porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré, como la he hecho al cacique de la isla de Santiago y al de Túmbez y todos los demás que conmigo la han querido; que yo no hago á ninguno guerra ni enojo si él no la busca.»

Oidas estas cosas por los mensajeros, estuvieron un rato como atónitos, que no hablaron, oyendo que tan pocos españoles hacian tan grandes hechos; y de ahí á poco dijeron que se querian ir con la respuesta á su señor y decille que los cristianos irian presto, porque les enviase refresco al camino; y el Gobernador los despidió.

Otro dia por la mañana tomó el camino todavía por la sierra, y en unos pueblos que cerca de allí en un valle halló fué á dormir aquella noche.

Y luego que el señor Gobernador allí fué llegado, vino el princidal mensajero que Atabalipa habia primero enviado con el presente de las fortalezas que vino á Zaran por la via de Caxas. El Gobernador mostró holgarse mucho con él, y le preguntó qué tal quedaba Atabalipa; él respondió que bueno, y le enviaba con diez ovejas que traia para los cristianos, y fabló muy desenvueltamente, y en sus razones parecía hombre vivo.

Como hubo hecho su razonamiento, preguntó el Gobernador á las lenguas que qué decía. Dijeron que lo mesmo que habia dicho el otro mensajero el dia antes, y otras muchas razones alabando el gran estado de su señor y la gran pujanza de su hueste, y asegurando y certificando al Gobernador que Atabalipa le recibiria de paz y lo queria tener por amigo y hermano.

El Gobernador le respondió con muy buenas palabras, como al otro habia respondido. Este embajador traia servicio de señor y cinco ó seis vasos de oro fino, con que bebia, y con ellos daba de baber á los españoles de la chi-



cha que traia, y dijo que con el Gobernador se queria ir hasta Caxamalca.

Otro dia por la mañana se partió el Gobernador y caminó por las sierras como primero, y llegó á unos de Atabalipa, adonde reposó un dia.

Otro dia vino allí el mensajero que habia enviado el Gobernador á Atabalipa, que era un principal indio de la provincia de San Miguel; y viendo al mensajero de Atabalipa, que presente estaba, arremetió contra él, y trabóle de las orejas, tirando reciamente, hasta que el Gobernador mandó que lo soltase, que dejándolos, hubiera entre ellos mala escaramuza. Preguntóle el Gobernador que por qué habia hecho aquello al mensajero de su hermano Atabalipa; él dijo:

—«Este es un gran bellaco, llevador de Atabalipa, y viene aquí á decir mentiras, mostrando ser persona principal; que Atabalipa está de guerra fuera de Caxamalca, en el campo, y tiene mucha gente; que yo hallé el pueblo sin gente, y de ahí fuí á las tiendas, y vi que tiene mucha gente y ganado y muchas tiendas, y todos están á punto de guerra, y á mi me quisieron matar, si no fuera porque les dije que si me mataban, que matarian acá á los embajadores de allá, y que hasta que yo volviese no

los dejarian ir; y con esto me dejaron; y no me quisieron dar de comer, sino que me rescatase. Díjeles que me dejasen ver á Atabalipa y decirle mi embajada, y no quisieron, diciendo que estaba ayunando y no queria hablar con nadie. Un tio suyo salió á hablar conmigo, y yo le dije era tu mensajero, y todo lo que más mandaste que yo dijese. Él me preguntó qué gente son los cristianos y qué armas traen. E yo les dije que son valientes hombres é muy guerreros; que traen caballos que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan á cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan, y los caballos con los piés y bocas matan muchos. Los cristianos que andan á pié dije que son muy sueltos, y traen en el brazo una rodela de madera con que se defienden y jubones fuertes colchados de algodon y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes de golpe un hombre por medio, y á una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre, y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente. Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los



matarán con sus lanzas. Yo dije que tenian los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos más que dos. Al tiempo que me queria venir les rogué que me dejasen ver á Atabalipa, pues sus mensajeros ven y hablan al Gobernador, que es mejor que él, y no me quisieron dejar hablar con él, y así me vine. Pues mirad si tengo razon de matar á este; porque siendo un llevador de Atabalipa (como me han dicho que es), habla contigo y come á tu mesa, y á mí, que soy un hombre principal no me quisieron dejar hablar con Atabalipa ni darme de comer, y con buenas razones me defendí que no me mataron.»

El mensajero de Atabalipa respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento, y dijo que si no habia gente en el pueblo de Caxamalca era por dejar las casas vacías en que los cristianos se aposentasen, y Atabalipa está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra; y si no te dejaron hablar con Atabalipa fué porque ayunaba como tiene de costumbre, y no te le dejaron ver, porque los dias que ayuna está retraido, y ninguno no le habla en aquel tiempo, y ninguno osaria ha-

cerle saber que tú estabas allí; que si él lo supiera, él te hiciera entrar y dar de comer.

Otras muchas razones dijo, asegurando que Atabalipa estaba esperando de paz. Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escrebir por extenso, sería hacer escriptura, y por abreviar va en suma.

El Gobernador dijo que bien creia que era así como él decia, porque no tenia menos confianza de su hermano Atabalipa; y no dejó de le hacer tan buen tratamiento de ahí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando á entender que le pesaba porque le habia maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio habia dicho, por el conocimiento que tenía de las cautelosas mañas de los indios.

Otro dia partió el Gobernador y fué á dormir á un llano de Zavana por llegar á otro dia á medio dia á Caxamalca, que decian que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabalipa con comida para los cristianos.

Otro dia en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesto en órden, y anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó que se juntase la retaguarda; y toda la gente y caballos se armaron, á el Gobernador los puso

en concierto para la entrada del pueblo, y hizo tres haces de los españoles de á pié y de á caballo.

Con esta órden caminó, enviando mensajeros á Atabalipa que viniese allí al pueblo de Caxamalca para verse con él. Y en llegando á la entrada de Caxamalca vieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca, en la halda de una sierra.

Llegó el Gobernador á este pueblo de Caxamalca viérnes á la hora de vísperas, que se contaron 15 dias de noviembre año del Señer de 1532.

En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero á Atabalipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese á verse con él y á mostrarle dónde se aposentase.

Entretanto mandó ver el pueblo, porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de á caballo sin apearse hasta ver sí Atabalipa venia, y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza.

Este pueblo, que es el principal de este valle, está ásentado en la halda de una sierra;

tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos rios; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercado de sierras.

Este pueblo es de dos mil vecinos; á la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos rios.

La plaza es mayor que ninguna de España; toda cercada con dos puertas, que salen á las calles del pueblo.

Las casas della son de más de doscientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros.

Las paredes dellos son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traida de otra parte por caños para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, á la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plasa á la fortaleza; por la delantera della, á la



parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza.

Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado.

Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, fecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales: entre la sierra y esla plaza grande está otra plaza más pequeña; cercada toda de aposentos; y en ellos habia muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa.

Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol.

Otras mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneracion, y cnando entran en ellas se quitan los zapatos á la puerta.

La gente de todos estos pueblos, después que se subió á la sierra, hacen ventaja á toda la otra que se queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razon, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas

reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer.

Los hombres visten camisetas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodon, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodon, hecho como zapatos.

Como el Gobernador hubo estado con los españoles esperando que Atabalipa viniese ó enviase á darle aposento, y como vió que se hacia ya tarde, envió un capitán con veinte de á caballo á hablar á Atabalipa y á decir que viniese á hablar con él; al cual mandó que fuese pacíficamente sin trabar contienda con su gente, aunque ellos la quisiesen; que lo mejor que pudiese llegase á hablarle, y volviese con la respuesta.

Este capitán llegaria al medio camino cuando el Gobernador subió encima de la fortaleza y delante de las tiendas vió en el campo gran número de gente; y porque los cristianos que habian ido no se viesen en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen más á su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitán hermano suyo con otros veinte de á caballo; al cual mandó que no consintiese



que hiciesen ningunas voces. Desde á poco rato comenzó á llover y á caer granizo, y el Gobernador mandó á los cristianos que se aposentasen en los aposentos del palacio, y el capitán de la artillería con los tiros en la fortaleza.

Estando en esto vino un indio de Atabalipa á decir al Gobernador que se aposentase donde quisiese, con tanto que no se subiese en la fortaleza de la plaza; que él no podia venir por entonces porque ayunaba.

El Gobernador respondió que así lo haria, y que habia enviado á su hermano á rogarle que viniese á verse con él, porque tenia mucho deseo de verle y conocerle por las buenas nuevas que dél tenia.

Con esta respuesta se volvió el mensajero; y el capitán Hernando Pizarro con los cristianos volvió en anocheciendo. Venidos ante el Gobernador, dijeron que en el camino habian hallado un mal paso en una ciénaga que de ántes parecia ser hecho de calzada, porque desde este pueblo va todo el camino ancho hecho de calzada de piedra y tierra hasta el real de Atabalipa; y como la calzada iba sobre los malos pasos, rompieron sobre aquel mal paso, y que lo pasaron por otra parte; y que ántes de llegar al real pasaron dos rios, y por

cuanto pasa un río, y los indios pasaron por una puente, y que desta parte está el real cercado de agua; y que el capitán que primero fué dejó la gente desta parte del río, porque la gente no se alborotase, y no quiso pasar por la puente porque no se hundiese su caballo, y pasó por el agua, llevando consigo la lengua, y pasó por entre un escuadrón de gente que estaba en pié, y llegado al aposento de Atabalipa, en una plaza había cuatrocientos indios que parescían gente de guarda; y el tirano estaba á la puerta de su aposento, sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél, y mujeres en pié, que cuasi lo rodeaban; y tenía en la frente una borla de lana que parescía seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos, la cual le hacía mucho más grave de lo que él es; los ojos puestos en tierra, sin los alzar á mirar á ninguna parte; y como el capitán llegó ante él, le dijo por la lengua ó faraute que llevaba que era un capitán del Gobernador, y que lo enviaba á lo ver y decir de su parte el mucho deseo que él tenía de su vista, y que si le pluguiese de lo ir á ver se holgaría el señor Gobernador; y que otras razones le dijo, á las cuales no le respondió ni alzó la cabeza á le mirar, sino un principal

suyo respondia á lo que el capitán hablaba.

En esto llegó el otro capitán adonde el primero habia dejado la gente, y preguntóles por el capitán, y dijéronle que hablaba con el cacique.

Dejando allí la gente, pasó el rio, y llegando cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitán que con él estaba:

—«Este es un hermano del Gobernador; háblale, que viene á verte.»

Entonces alzó los ojos el cacique y dijo:

—«Maizabilica, un capitán que tengo en el rio de Zuricara, me envió á decir cómo tratábades mal á los caciques, y echábadeslos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana á ver al Gobernador y ser amigo de los cristianos porque son buenos.»

Hernando Pizarro respondió:

—«Maizabilica es un bellaco, y á él y á todos los indios de aquel rio mataria un solo cristiano; ¿cómo podia él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El Gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque á los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y á los que quieren guerra se la hace hasta

destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabilica te mintió.»

Atabalipa dijo:

—«Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros y haréisle guerra.»

Hernando Pizarro respondió:

—«Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos á caballo lo destruirán.»

Atabalipa se rió y dijo que bebiesen; los capitanes dijeron que ayunaban por defenderse de beber su brevaje. Importunados por él, lo aceptaron.

Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traian chicha de maíz. Como Atabalipa las vido, alzó los ojos á ellas, sin les decir palabra, se fueron presto é volvieron con otros vasos de oro mayores; y con ellos les dieron á beber.

Luego se despidieron, quedando Atabalipa de ir á ver al Gobernador otro dia por la mañana. Su real estaba asentado en la falda de una serrezuela, y las tiendas, que eran de algodon, tomaban una legua de largo; en medio estaba la de Atabalipa. Toda la gente estaba fuera de sus tiendas en pié, y las armas hinca-

das en el campo, que son unas lanzas largas como picas. Pareciòles que habia en el real más de treinta mil hombres.

Cuando el Gobernador supo lo que habia pasado mandó que aquella noche hobiese buena guarda en el real, y mandó á su capitán general que requiriese las guardas, y que las rondas anduviesen toda la noche alrededor del real; lo cual así se hizo.

Venido el dia sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabalipa, y le dijo de su parte:

—«Mi señor te envia á decir que quiere venir á verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envies un cristiano con quien venga.»

El Gobernador respondió:

—«Dí á tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recebiré como amigo y hermano; y que no le envio cristiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor á otro.»

Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente. Desde á poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador:

—«Atabalipa te envia á decir que no queria traer su gente armada; porque aunque viniesen

con él, muchos vernian sin armas, porque los queria traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra.»

El Gobernador respondió que así se haria; que viniese presto, que tenia deseo de verle. En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose á cada paso, esperando á la que salia del real; y hasta la tarde duró el venir la gente por el camino; venian repartidos por escuadrones. Después que fueron pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavia salia gente del real de los indios.

Luego el Gobernador mandó secretamente á todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese á la plaza; y mandó al capitán de la artilleria que tuviese los tiros asentados hácia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por do entran á la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de á pié, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de

Atabalipa si cautelosamente viniese, como parecia que venia, con tanto número de gente como con él venia. Y mandó que fuese tomado á vida; y á todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar á los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar la artilleria. Y que él ternia atalayas, y viendo que él venia de ruin arte, avisaria cuando hobiesen de salir; é saldrian todos de sus aposentos, y los de á caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»

Con este concierto y órden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atabalipa entrase, sin que en la plaza aparesciese algun cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la hueste. El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercibidos para salir cuando fuese menester, diciéndoles á todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenian otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades á quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano habia quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearia por ellos; y que al tiempo de acometer

fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los caballos se encontrasen unos con otros.

Estas y semejantes palabras decian el Gobernador y el Capitán General á los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo más que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecia que haria por ciento; que muy poco temor les ponia ver tanta gente.

Viendo el Gobernador que el sol se iba á poner, y que Atabalipa no levantaba de donde habia reparado, y que todavia venia gente de su real, envióle á decir con un español que entrase en la plaza y viniese á verlo antes que fuese de noche.

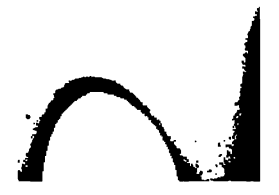
Como el mensajero fué á Atabalipa, hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron á andar, y el español volvió delante, y dijo al Gobernador que venia, y que la gente que traia en la delantera traian armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodon fuertes, y talegas de piedras y hondas; que le parecia que traian ruin intencion.

Luego la delantera de la gente comenzó á entrar en la plaza; venia delante un escuadron

de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venian quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venian otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venia mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venia Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venian otras dos literas y dos hamacas, en que venian otras dos personas principales; luego venia mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar á los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venia y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió uu capitán y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba la artillería, y alzó dos veces una lanza á manera de seña.

El Gobernador, que esto vió, dijo á fray Vicente que si queria ir á hablar á Atabalipa con un faurate; él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y



entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute:

—«Yo soy sacerdote de Dios, y enseño á los cristianos las cosas de Dios, y asimesmo vengo á enseñar á vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos, te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirte ha bien dello; y ve á hablar al Gobernador, que te está esperando.» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa á abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desden le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mesmo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco ó seis pasos de sí. E á las palabras que el religioso habia dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo:

—«Bien sé lo que habeis hecho por ese camino, cómo habeis tratado á los caciques y tomado la ropa de los bohíos.»

El religioso respondió:

—«Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver.»

Atabalipa dijo:

—«No partiré de aquí hasta que no me la traigan.»

El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pié encima de las andas, hablando á los snyos que estuviesen apercibidos. El religioso dijo al Gobernador lo que habia pasado con Atabalipa, y que habia echado en tierra la Sagrada Escriptura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodon, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago.»

Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de á pié y de á caballo. Como los indios vieron el tropel de los caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban, y fué tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de pié se dió tan buena priesa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo



fueron los más dellos metidos á espada. El Gobernador tenia todavía del brazo á Atabalipa, que no le podia sacar de las andas, como es taba en alto.

Los españoles hicieron tal matanza en los que tenian las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera á Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que habia hecho. El Gobernador, por defender á Atabalipa, fué herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español; porque fué tanto el espanto que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos, y soltar de improviso la artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habian visto, que con gran turbacion procuraban más huir por salvar las vidas que hacer la guerra.

Todos los que traian las andas de Atabalipa pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y tambien todos los que venian en las literas y hamacas; y el de la una litera era su paje y señor, á quien él mucho estimaba; y los otros eran tambien señores de mucha gente y consejeros suyos; murió tambien el cacique señor de Caxamalca. Otros capitanes murieron, que por ser gran número no se hace caso dellos, porque todos los que ve-

nian en guarda de Atabalipa eran grandes señores. Y el Gobernador se fué á su posada con su prisionero Atabalipa, despojado de sus vestiduras, que los españoles le habian rompido por quitarle de las andas. Cosa fué maravillosa ver preso en tan breve tiempo á tan gran señor, que tan poderoso venia.

El Gobernador hizo luego sacar ropa de la tierra y le hizo vestir; y así, aplacándole del enojo y turbacion que tenia de verse tan presto caido de su estado, entre otras muchas palabras le dijo el Gobernador:

—«No tengas por afrenta haber sido así preso y desbaratado, porque los cristianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado más tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandado venimos á conquistar esta tierra, porque todos vengais en conoscimiento de Dios y de su santa fe católica; y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador de cielo y tierra y de todas las cosas criadas; y porque lo conozcais y salgais de la bestialidad y vida diabólica en que vivís, que tan pocos como somos subjetamos tanta multitud de gente; y cuando hubiéredes

visto el error en que habeis vivido, conocereis el beneficio que recebís en haber venido nosotros á esta tierra por mandado de su majestad; y debes tener á buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois, que no dais á ninguno; nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniendo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de ahí en adelante fuese bueno; y lo mismo hice con los caciques señores de Túmbez y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fué porque venias con tan gran ejército contra nosotros, enviándote á rogar que vinieses de paz, y echaste en tierra el libro donde estaban las palabras de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningun indio pudiese ofender á ningun cristiano.»

Hecho este razonamiento por el Gobernador, respondió Atabalipa que habia sido engañado de sus capitanes, que le dijeron que no hiciese caso de los españoles; que él de paz queria venir, y los suyos no lo dejaron, y que

todos los que le aconsejaron eran muertos. Y que tambien habia visto la bondad y ánimo de los españoles; y que Maizabilica, sintiendo que envió á decir de los cristianos; como ya fuese de noche, y viese el Gobernador que no eran recogidos los que habian ido en el alcance, mandó tirar los tiros y tañer las trompetas porque se recogiesen.

Dende á poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habian tomado á vida, en que habia más de tres mil personas.

El Gobernador les preguntó si venian todos buenos.

Su Capitán General, que con ellos venia, respondió que solo un caballo tenia una pequeña herida.

El Gobernador dijo con mucha alegría:

—«Doy gracias á nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este dia por nosotros ha fecho; y verdaderamente podemos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra; cuanto más vencer una tan gran hueste. Plega á Dios, por su misericordia, que, pues tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos dé gracia para hacer tales obras, que alcancemos su santo reino. Y porque, se-

ñores, verneis fatigados, váyase cada uno á reposar á su posada, y porque Dios nos ha dado victoria no nos descuidemos; que aunque van desbaratados, son mañosos y diestros en la guerra, y este señor (como sabemos) es temido y obedecido, y ellos intentarán toda ruindad y cautela para sacarlo de nuestro poder. Esta noche y todas las demás haya buena guarda de velas y ronda, de manera que nos hallen apercibidos.»

Y así, se fueron á cenar, y el Gobernador hizo asentar á su mesa á Atabalipa, y haciéndole buen tratamiento, y sirviéronle como á su misma persona; y luego le mandó dar de sus mujeres que fueron presas las que él quiso para su servicio, y mandóle hacer una cama en la cámara que el mismo Gobernador dormia, teniéndole suelto sin prision, sino las guardas que velaban.

La batalla duró poco más de media hora, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó; si la noche no la atajara, que de más de treinta mil hombres que vinieron quedaran pocos.

Es opinion de algunos que han visto gente en campo, que habia más de cuarenta mil; en la plaza quedaron muertos dos mil, sin los feridos.

Vióse en esta batalla una cosa muy maravillosa, y es, que los caballos, que el dia antes no se podian mover de resfriados, aquel dia anduvieron con tanta furia, que parecia no haber tenido mal. El Capitán General requirió aquella noche las velas y ronda, poniéndolas en conveniente lugar.

Otro dia por la mañana envió el Gobernador un capitán con treinta de á caballo á correr por todo el campo, y mandó quebrar las armas de los indios; y entre tanto la gente del real hicieron sacar á los indios que fueron presos los muertos de las plazas. El capitán con los de á caballo recogió todo lo que habia en el campo y tiendas de Atabalipa, y entró antes de mediodia en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y copones grandes, y otras piezas diversas. Atabalipa dijo que todo esto era vajilla de su servicio, y que sus indios que habian huido habian llevado otra mucha cantidad.

El Gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cuantidad y em-

barazaban el real, y que los cristianos matasen todos los dias cuantas hobiesen menester; y los indios que la noche antes habian recogido mandó el Gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio; todos los demás mandó soltar y que se fuesen á sus cosas, porque eran de diversas provincias, que los traia Atabalipa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército.

Algunos fueron de opinion que matasen todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. El Gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Ataba lipa y podia recoger gran número de gente, que mucho mayor es el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda á los suyos; y que tuviesen por cierto que el que los habia librado del peligro del dia pasado los libraria de ahi adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios, y al conoscimiento de su santa fé católica; que no quisiesen parecer á ellos en las crueldades y sacrificios que hacen á los que prenden en sus guerras; que bien bastaba los que eran muertos en la batalla; que aquellos habian sido

traidos como ovejas á corral; que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; y así, fueeon sueltos.

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas. Dicen que era depositado para bastecer el ejército. Los cristianos tomaron la que quisieron, y todavia quedaron las casas tan llenas, que parecia no haber hecho falta la que fué tomada.

La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodon de diversas colores y bien matizadas. Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente:

En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijeñas lisas y hechas á mano, de hechura de huevos; los honderos traen rodelas que ellos mesmos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asiemesmo traen jubones colchados de algodon; tras destos vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo engastonada es de metal, tan grande como el puño, con cinco ó seis puntas

agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas á dos manos; las hachas son del mesmo tamaño y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras estos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadizas, como dardos; en la retaguarda vienen piqueros con lanzas largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodon, sobre que juegan con la porra. To dos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodon, que de hierro no pueden ser más fuertes.

Esta gente, que Atabalipa tenia en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, é son mancebos é grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una poblacion de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres.

La casa de aposento de Atabalipa, que en medio de su real tenia, es la mejor que entre los indios se ha visto, aunque pequeña; hecha

en cuatro cuartos, y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sofrir la mano en ella. Esta agua nasce hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fria viene por otro caño, y en el camino se juntan y vienen mezcladas por un solo caño al estanque; y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra; fuera de la casa, á una parte del corral, está otro estanque, no tan bien hecho como este; tiene sus escaleras de piedra, por do bajan á lavarse.

El aposento donde Atabalipa estaba entre dia es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara donde dormia, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimesmo sale sobre el patio; las paredes están enjabelgadas de un betúmen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la madera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la mesma color; y el otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro encorporadas en una; este es encalado, blanco como nieve. Los otros dos son casas de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un rio.

Ya se ha dicho de la victoria que los cris-

tianos hobieron en la batalla y prision de Atabalipa, y de la manera de su real y ejército. Agora se dirá del padre deste Atabalipa, y cómo se hizo señor, y otras cosas de su grandeza y estado, segun que él mesmo lo contó al Gobernador.

Su padre deste Atabalipa se llamó el Cuzco, que señoreó toda aquella tierra; de mas de trecientas leguas le obedecian y daban tributo. Fué natural de una provincia mas atrás de Guito, y como hallase aquella tierra donde estaba apacible y abundosa y rica, asentó en ella, y puso nombre á una gran ciudad donde estaba la ciudad del Cuzco.

Era tan temido y obedescido, que lo tuvieron cuasi por su dios, y en muchos pueblos le tenian hecho de bulto. Tuvo cien hijos y hijas, y los mas son vivos; ocho años há que murió, y dejó por su heredero á un hijo suyo llamado asi como él. Este era hijo de su mujer legítima. Llaman mujer legítima á la mas principal, á quien mas quiere el marido; este era mayor que Atabalipa.

El Cuzco viejo dejó por señor de la provincia de Guito, apartada del otro señorío principal, á Atabalipa, y el cuerpo del Cuzco está en la provincia de Guito, donde murió, y la cabeza lleváronla á la ciudad del Cuzco, y la tienen

en mucha veneración, con mucha riqueza de oro y plata; que la casa donde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretejido uno con otro; y en esta ciudad hay otras veínte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera.

Esta ciudad tiene muy ricos edificios; en ella tenia el Cuzco su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas de oro y cinco de plata, y cienmil tejuelos de oro que habia sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta castellanos; esto habia habido del tributo de las tierras que habia señoreado.

Adelante de esta ciudad hay otra llamada Collao, donde hay un rio que tiene mucha cantidad de oro; y camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guaneso, hay otro rio tan rico como este. En todas estas provincias hay muchas minas de oro y plata. La plata sacan en la sierra con poco trabajo; que un indio saca en un dia cinco ó seis marcos, la cual sacan envuelta con plomo y estaño y piedra zufre, y despues la apuran, y para sacarla pegan fuego á la sierra; y como se enciende la piedra zufre, cae la plata á pedazos; y en Guito y Chincha hay las mayores minas.

De aquí á la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios cargados, y la tierra es bien poblada. Chincha está á medio camino, que es gran poblacion. En toda esta tierra hay mucho ganado de ovejas, muchas se hacen monteses, por no poder sostener tantas como se crian.

Entre los españoles que con el Gobernador están se matan cada dia ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta hace ni harian en este valle aunque estoviesen un año en él. Y los indios generalmente las comen en esta tierra.

Y asimismo dijo Atabalipa que despues de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que le dejó su padre; y podrá haber un año, poco mas, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío, y despues le envió á rogar Atabalipa que no le hiciese guerra, sino que se contentase con lo que su padre le habia dejado; y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabalipa salió de su tierra, que se dice Guito, con la mas gente de guerra que pudo, y vino á Tomepomba, donde hubo con su hermano una batalla, y mató Atabalipa mas de mil hombres de la gente del Cuzco, y lo hizo volver huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se le puso en

defensa, lo abrasó, y mató toda la gente dél, y queria asolar todos los pueblos de aquella comarca, y dejólo de hacer por seguir á su hermano; y el Cuzco se fué á su tierra huyendo, y Atabalipa vino conquistando con gran poder toda aquella tierra y todos los pueblos se le daban, sabiendo la grandísima destruicion que habia hecho en Tomepomba. Seis meses habia que Atabalipa habia enviado dos pajes suyos, muy valientes hombres, el uno llamado Quisques, y el otro Chaliachin, los cuales fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre, y luego lo hicieron saber á Atabalipa, y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegarán presto con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habian conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella habia, y tenian diez mil hombres de guarnicion, de los cuarenta mil que llevaron, y los otros treinta mil hombres fueron á descansar á sus casas con el despojo que habian habido, y todo lo que su hermano el Cuzco poseia tenia Atabalipa subjectado.

Atabalipa y estos sus capitanes generales andaban en andas, y despues que la guerra comenzó ha muerto mucha gente, y Atabalipa ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo á todos los caciques de los pueblos que ha conquistado, y tiene puestos gobernadores en todos los pueblos, porque de otra manera no pudiera tener tan pacífica y subjecta la tierra como la ha tenido; y con esto ha sido muy temido y obedecido, y su gente de guerra muy servida de los naturales, y dél muy bien tratada. Atabalipa tenia pensamiento, si no le acaesciera ser preso, de irse á descansar á su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tomepomba, que se le habia puesto en defensa, y poblalla de nuevo de su gente, y que le enviasen sus capitanes, de la gente del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar á Tomepomba. Tambien dijo Atabalipa que entregaría al Gobernador á su hermano el Cuzco, al cual sus capitanes enviaban preso de la ciudad, para que hiciese dél lo que quisiese; y porque Atabalipa temia que á él mesmo matarian los españoles, y dijo al Gobernador que daria para los españoles que le hábian predicado mucha cuantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto



daría y en qué término; Atabalipa dijo que daría de oro una sala que tiene veinte y dos piés en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está á la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiria la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daria todo aquel bohío dós veces lleno, y que esto cumpliria dentro de dos meses.

El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decia no tuviese ningun temor. Luego despachó Atabalipa mensajeros á sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venia camino con su hermano, que traian preso.

El Gobernador le preguntó que qué tanto tardarian sus mensajeros en ir á la ciudad del Cuzco; Atabalipa dijo que cuando envia con priesa á hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco dias, y que yendo todo el camino los que él envia con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince dias en ir.

También le preguntó el Gobernador por qué habia mandado matar á algunos indios que ha-

bian hallado muertos en su real los cristianos que recogieron el campo; Atabalipa dijo que el dia que el Gobernador envió á su hermano Hernando Pizarro á su real para hablar con él, que uno de los cristianos arremetió con el caballo, y aquellos que estaban muertos se habian retraido, y por eso los mando matar.

Atabalipa era hombre de treinta años, bien apersonado y dispuesto, algo grueso; el rostro grande, hermoso y feroz, los ojos encarnizados en sangre; hablaba con mucha gravedad, como gran señor; hacia muy vivos razonamientos, y entendidos por los españoles, conoscian ser hombre sabio; era hombre alegre, aunque crudo; hablando con los suyos era muy robusto y no mostraba alegría. Entre otras cosas, dijo Atabalipa al Gobernador que diez jornadas de Caxamalca, camino del Cuzco, está en un pueblo una mezquita que tienen todos los moradores de aquella tierra por su templo general, en la cual todos ofrescen oro y plata, y su padre la tuvo en mucha veneracion, y él asimesmo; la cual mezquita dijo Atabalipa que tenia mucha riqueza; porque, aunque en cada pueblo hay mezquita donde tienen sus ídolos particulares en que ellos adoran, en aquella mezquita estaba el general ídolo de todos ellos; y que por guarda de aquella mezquita estaba un gran

sabio, el cual los indios creian que sabia las cosas por venir, porque hablaba con aquel ídolo y se las decía.

Oidas estas palabras por el Gobernador (aunque antes tenia noticia desta mezquita), dió á entender á Atabalipa cómo todos aquellos ídolos son vanidad, y el que en ellos habla es el diablo, que los engaña por los llevar á perdicion, como ha llevado á todos los que en tal creencia han vivido y fenescido; y dióle á entender que Dios es uno solo, criador del cielo y tierra y de todas las cosas visibles é invisibles, en el cual los cristianos creen, y á este solo debemos tener por Dios y hacer lo que manda, y recebir agua de baptismo; y á los que así lo hicieren llevará á su reino, y los otros irán á las penas infernales, donde para siempre están ardiendo todos los que carecieron deste conoscimiento, que han servido al diablo haciéndole sacrificios y ofrendas y mezquitas; todo lo cual de aquí adelante ha de cesar, porque á esto le envia el Emperador, que es rey y señor de los cristianos y de todos ellos, y por vivir, como han vivido, sin conoscer á Dios, permitió que con tan gran poder de gente como tenia, fuese desbaratado y preso de tan pocos cristianos; que mirase cuán poca ayuda le habia hecho su dios, por donde co-

nosceria que es el diablo que los engañaba.

Atabalipa dijo que, como hasta entonces no habian visto cristianos él ni sus antepasados, no supieron esto, y que él habia vivido como ellos; y más dijo Atabalipa, que está espantado de lo que el Gobernador le habia dicho; que bien conoscia que aquel que hablaba en su ídolo no es dios verdadero, pues tan poco le ayuda.

Como el Gobernador y los españoles hobieron descansado del trabajo del camino y de la batalla, luego envió mensajeros al pueblo de San Miguel, haciendo saber á los vecinos lo que le habia acaescido, y por saber dellos cómo les iba, y si habian venido algunos navíos, de lo cual mandó que le avisasen; y mandó hacer en la plaza de Caxamalca una iglesia donde se celebrase el santísimo sacramento de la misa, y mandó derribar la cerca de la plaza, porque era baja, y fué hecha de tapias de altura de dos estados, de largura de quinientos y cincuenta pasos. Otras cosas mandó hacer para guarda del real.

Cada dia se informaba si se hacia algun ayuntamiento de gente, y de las otras cosas que en la tierra pasaban.

Sabido por los caciques desta provincia la venida del Gobernador y la prision da Ataba-

lipa, muchos dellos vinieron de paz á ver al Gobernador. Algunos destos caciques eran señores de treinta mil indios, todos subjectos á Atabalipa, y como ante él llegaban, le hacian gran acatamiento besándole los piés y las manos, él los recibia sin mirallos.

Cosa extraña es decir la gravedad de Atabalipa, y la mucha obediencia que todos le tenian.

Cada dia le traian muchos presentes de toda la tierra.

Así, preso como estaba, tenla estado de señor y estaba muy alegre; verdad es que el Gobernador le hacia muy buen tratamiento, aunque algunas veces le dijo que algunos indios habian dicho á los españoles cómo hacia ayuntar gente de guerra en Guamachuco y en otras partes.

Atabalipa respondió que en toda aquella tierra no habia quien se moviese sin su licencia; que tuviese por cierto que si gente de guerra viniese, que él la mandaba venir, y que entonces hiciese dél lo que quisiese, pues lo tenia en su prision.

Muchas cosas dijeron los indios que fueron mentira, aunque los cristianos tenian alteracion.

Entre muchos mensajeros que venian á

Atabalipa, le vino uno de los que traian preso á su hermano, á decille que cuando sus capitanes supieron su prision habian ya muerto al Cuzco.

Sabido esto por el Gobernador, mostró que le pesaba mucho, y dijo que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo, y si no, que él mandaria matar á Atabalipa.

Atabalipa afirmaba que sus capitanes lo habian muerto sin saberlo él. El Gobernador se informó de los mensajeros, y supo que lo habian muerto.

Pasadas estas cosas, desde algunos dias vino gente de Atabalipa y un hermano suyo que venia del Cuzco, y trújole unas hermanas y mujeres de Atabalipa, y trujo muchas vasijas de oro, cántaros y ollas y otras piezas, y mucha plata, y dijo que por el camino venia más; porque, como es tan larga la jornada, cansan los indios que lo traen y no pueden llegar tan ahina; que cada dia entrará más oro y plata de lo que queda más atrás.

Y así, entran algunos dias veinte mil, y otras veces treinta mil, y otras cincuenta, y otras sesenta mil pesos de oro en cántaros y ollas grandes de á dos arrobas y de á tres, y cántaros y ollas grandes de plata, y otras muchas vasijas.



Todo lo mandó poner el Gobernador en una casa donde Atabalipa tenia sus guardas, hasta tanto que con ello y con lo que ha de venir cumpla lo que ha prometido. Veinte dias eran pasados de deciembre del sobredicho año, cuando llegaron á este pueblo ciertos indios mensajeros del pueblo de San Miguel con una carta en que hacian saber al Gobernador cómo habian arribado á esta costa, á un puerto que se dice Cancebi, junto con Quaque, seis navios en que venian ciento y cincuenta españoles y ochenta y cuatro caballos; los tres navíos venian de Panamá, en que venia el capitan Diego de Almagro con ciento y veinte hombres, y las otras tres carabelas venian de Nicoragua con treinta hombres, y que venian á esta gobernacion con voluntad de servir en ella, y que desde Cancebi, como hobieron echado la gente y los caballos para venir por tierra, se adelantó un navio á saber dónde estaba el Gobernador, y llegó hasta Túmbez, y el cacique de aquella provincia no le quiso dar razon dél ni mostralle la carta que el Gobernador le dejó para dar á los navíos que por allí viniesen.

Y este navío se volvió sin llevar nueva del Gobernador, y otro que tras él habia salido siguió la costa adelante hasta que llegó al puerto de San Miguel, donde desembarcó el maes-

tre y fué al pueblo, en el cual hubo mucha alegria con la venida de aquella gente. Y luego se volvió el maestre con las cartas que el Gobernador habia enviado á los del pueblo, en que les hacia saber la victoria que Dios habia dado á él y á su gente, y la mucha riqueza de la tierra. El Gobernador y todos los que con él estaban hobieron mucho placer cou la venida destos navios. Luego despachó el Gobernador sus mensajeros, escribiendo al capitau Diego de Almagro y algunas personas de las que con él venian, haciéndoles saber cuanto holgaba con su venida, y que, llegados al pueblo de San Miguel, porque no le pusiesen en necesidad, se saliesen á los caciques comarcanos que están en el camino de Caxamalca, porque tienen mucha abundancia de mantenimientos, y que él proveeria de hundir oro para pagar el flete de los navios, porque se volviesen luego.

Como de cada dia venian caciques al Gobernador, vinieron entre ellos dos caciques que se dicen de los ladrones, porque su gente saltea á todos los que pasan por su tierra; estos están camino del Cuzco. Pasados sesenta dias de la prision de Atabalipa, un cacique del pueblo donde está la mezquita, y el guardian della, llegaron ante el Gobernador, el cual preguntó á Atabalipa que quién eran; dijo que el uno



era señor del pueblo de la mezquita y el otro guardian della, y que se holgaba con su venida, porque pagaria las mentiras que le habia dicho; y pidió una cadena para echar al guardian porque le habia aconsejado que tuviese guerra con los cristianos, que el ídolo le habia dicho que los mataria todos; y tambien dijo á su padre el Cuzco, cuando estaba á la muerte, que no moriria de aquella enfermedad.

Y el Gobernador mandó traer la cadena, y á Atabalipa se la echó diciendo que no se la quitasen hasta que hiciese traer todo el oro de la mezquita, y dijo á Atabalipa que lo queria dar á los cristianos, pues que su ídolo es mentiroso; y dijo al guardian: «Yo quiero agora ver si te quitará esta cadena ese que tú dices que es tu dios. El Gobernador y el cacique que vino con el guandian despacharon sus mensajeros para que trujesen el oro de la mezquita y lo que el cacique tenia, y dijeron que volverian donde en cincuenta dias con todo esto.

Sabido por el Gobernador que ayuntaba gente en la tierra y que habia gente de guerra en Guamachuco, envió el Gobernador á Hernando Pizarro eon veinte de caballo y algunos de pié á Guamachuco, que está tres jornadas de Caxamalca, para saber qué se hacia, para

que hiciese venir el oro y plata que está en Guamachuco

El capitan Hernando Pizarro se partió de Caxamalca víspera de los reyes del año 1533; quince dias despues llegaron á Caxamalca ciertos cristianos con mucha cuantia de oro y plata, en que vinieron mas de trescientas cargas de oro y plata en cátnaros y ollas grandes y otras diversas piezas. Todo lo mandó el Gobernador con lo que primero habian traido, en una casa donde Atabalipa tenia puestas guardas, diciendo que él lo quería tener á recaudo; pues habia de cumplir lo que habia prometido, para que venido lo entregase todo junto; y por tenerlo á mejor recaudo puso el Gobernador cristianos que lo guardasen de dia y de neche, y al tiempo que mete en la casa lo cuentan todo, porque no haya fraude. Con este oro y plata vino un hermano de Atalipa, y dijo que en Jauja quedaba mayor cantidad de oro, lo cual traian ya por el camino, y venian con ello uno de los capitanes de Atalipa, llamado Chillicuchima.

Hernando Pizarro escribió al Gobernador que él se habia informado de las cosas de la tierra, y que no habia nueva del ayuntamiento de gente ni de otra cosa, sino que el oro estaba en Jauja, y con ello un capitan, y que le hi-

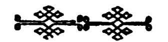
ciese saber qué mandaba que hiciese, si mandaba que pasase adelante, porque hasta ver su respuesta no se partiria de allí. El Gobernador respondió que llegase á la mezquita, porque tenia preso al guardian della, y Atabalipa habia mandado traer el tesoro que en ella estaba, y que despachase presto de traer todo el oro que en la mezquita hallase, y que le escribiese de cada pueblo lo que le sucediese por el camino; y así lo hizo.

Viendo el Gobernador la dilacion que habia en el traer el oro, envió tres cristianos para que hiciesen venir el oro que estaba en Jauja y para que viesen el pueblo del Cuzco, y dió poder á uno dellos para que en su lugar, en nombre de su majestad, tomase posesion del Cuzco y de sus comarcas ante un escribano público que con ellos iba; y con ellos envió un hermano de Atabalipa. Y mandóles que no hiciesen mal á los naturales ni les tomasen oro ni otra cosa contraria á su voluntad, ni hiciesen mas de lo que quisiese aquel principal que con ellos iba, porque no los matasen; y que procurasen de ver el pueblo del Cuzco, y de todo trujesen relacion; los cuales se partieron de Caxamalaca á 15 dias de hebrero del año sobredicho.

El capitan Diego de Almagro llegó á este

pueblo con alguna gente, y entraron en Caxamalca víspera de Pascua Florida, á 14 de Abril del dicho año; el cual fué bien recibido del Gobernador y de los que con él estaban. Un negro que partió con los cristianos que fueron al Cuzco volvió á 28 de Abril con ciento y siete cargas de oro y siete de plata; cste negro volvió desde Jauja, donde hallaron los indios que venian con el oro, y otros cristianos se fueron al Cuzco; y dijo este negro que vernia el capitán Hernando Pizarro muy presto, que era ido á Jauja á verse con Chilicuchima. El Gobernador mandó poner este oro con lo otro, y contáronse todas las piezas.

A 25 dias del mes de Marzo entró en este pueblo de Caxamalca el capitán Hernando Pizarro con todos los cristianos que llevó y con el capitán Chilicuchima. Fuéle hecho muy buen recebimiento por el Gobernador y por los que con él estaban. Trujo de la mezquita veinte y siete cargas de oro y dos mil marcos de plata, y dió al Gobernador la relacion que Miguel Estete, veedor (que con él fué en el viaje), hizo; la cual es la siguiente:



LA RELACION DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITAN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA Á PARCAMA, Y DE ALLÍ Á JAUJA.

LA RELACION DEL VIAJE QUE HIZO EL SEÑOR CAPITAN HERNANDO PIZARRO POR MANDADO DEL SEÑOR GOBERNADOR, SU HERMANO, DESDE EL PUEBLO DE CAXAMALCA Á PARCAMA, Y DE ALLÍ Á JAUJA.

Miércoles, dia de la Epifanía (que se dice vulgarmente la fiesta de los tres Reyes Magos, á 5 de enero del año de 1533, partió el capitán Hernando Pizarro del pueblo de Caxamalca con veinte de caballo y ciertos escopeteros, y el mismo dia fué á dormir á unas caserias que están cinco leguas deste pueblo. Otro dia fué á comer á otro pueblo que se dice Ichoca, donde fué bien recebido y le dieron lo que fué menester para él y para su gente. Aquel dia fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Cuancasanga, subjecto del pueblo de Guamachuco.

Otro dia de mañana llegó al pueblo de Guamachuco, el cual es grande y está en un va-



lle entre sierras; tiene buena vista y aposentos; el señor dél se llama Guamanchoro, del cual el capitán y los que él iban fueron bien recebidos. Allí vino un hermano de Atabalipa que venia de dar priesa á que viniese el oro del Cuzco; dél supo el capitán que veinte jornadas de allí venia el capitán Chilicuchima y traia toda la cantidad que Atabalipa habia mandado.

Visto que el oro venia tan lejos, el capitán hizo mensajero al Gobernador para saber lo que mandaba que hiciese; que él no pasaria de allí hasta ver su respuesta.

En este pueblo se informó de algunos indios si venia tan léjos Chilicuchima; y apremiando á algunos principales, le dijeron que Chilicuchima quedaba siete leguas de allí en el pueblo de Andamarca, con veinte mil hombres de guerra, y que venia á matar á los cristianos y á librar á su señor; y el que esto confesó dijo que habia comido el dia antes con él. Tomado aparte otro compañero deste principal, dijo lo mesmo.

Visto esto por el capitán, determinó de ir á verse con Chilicuchima, y ordenada su gente, tomó el camino en la mano, y aquel dia fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Tambo, subjecto de Guamachuco, y allí se tornó á



informar, y á todos cuantos indios preguntaba decian lo mismo que los primeros.

En este pueblo hubo buena guarda toda la noche, y otro dia por la mañana continuó su camino con mucho concierto, y antes de mediodía llegó al pueblo de Andamarca, y no halló al capitan ni nuevas dél, mas de las que primero el hermano de Atabalipa habia dado, que estaba en un pueblo que se dice Jauja con mucho oro y que venia de camino. En este pueblo de Andamarca lo alcanzó la respuesta del señor Gobernador, en que decia que, pues tenia noticia que Chilicuchima y el oro venian tan léjos, que ya sabia que él tenia en su poder al obispo de la mezquita de Pachacama y el mucho oro que habia mandado; que se informase del camino que habia para ir allá, y que si le parecia que seria bueno ir allá por ello, que fuese; porque entre tanto llegaria lo que venia del Cuzco.

El capitan se informó del camino y jornadas que habia hasta la mezquita; y aunque la gente que llevaba iba mal aderezada de herraje y de otras cosas necesarias para tan largo camino, visto el servicio que á su majestad se hacia en ir por aquel oro, porque los indios no lo alzasen, y tambien por ver qué tierra era, y si era dispuesta para poblar en ella cristianos;

aunque tuvo noticia que habia en ella muchos rios y puentes de redes, y largo camino y malos pasos, determinó de ir, y llevó algunos principales que habian estado en aquella tierra; y así comenzó su camino á 14 de enero, y el mesmo dia pasó algunos malos pasos y dos rios, y fué á dormir á un pueblo que se dice Totopamba, que está en una ladera. De los indios fué bien recebido y dieron bien de comer y todo lo que fué menester para aquella nochc, y indios para las cargas.

Otro dia salió deste pueblo y fué á dormir á otro pequeño pueblo que se dice Coronga; al medio camino está un gran puerto de nieve, y por todo el camino mucha cuantidad de ganados con sus pastores que los guardan, y tienen sus casas en las sierras al modo de España. En este pueblo dieron comida y todo lo que fué menester, y indios para las cargas; este pueblo es subjecto de Guamachuco.

Otro dia partió deste pueblo y fué á dormir á otro pequeño que se dice Pinga, y no se halló en él gente, porque se ausentaron de miedo.

Esta jornada fué muy mala, porque habia una bajada de escaleras hechas de piedra, muy agria y peligrosa para los caballos.

Otro dia á hora de comer llegó á un pueblo



grande que está en un valle; en medio del camino hay un rio grande muy furioso; tiene dos puentes juntas hechos de red, desta manera, que sacan un gran cimiento desde el agua y lo suben bien alto, y de una parte del rio á otra hay unas maromas hechas de bejucos á manera de bimbres, tan gruesas como el muslo, y tiénenlas atadas con grandes piedras, y de la una á la otra hay anchor de una carreta, y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen unas piedras grandes para que apesgue la puente.

Por la una destas pasa la gente .comun, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes: esta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasasen el capitan y su gente, y los caballos pasaron muy bien.

En este pueblo descansó el capitan dos dias, porque la gente y los caballos iban fatigados del mal camino; en este pueblo fueron los cristianos muy bien recebidos y servidos de comida y de todo lo que fué menester; llámase el señor deste pueblo Pumapaecha. El dia siguiente se partió el capitan deste pueblo y fué á comer á un pueblo pequeño, donde dieron todo lo necesario, y junto á este pueblo se pasó otra puente de red como

la otra, y fué á dormir dos leguas de allí á otro pueblo, donde le salieron á recebir de paz y dieron comida para los cristianos y indios para las cargas.

Esta jornada fué por un valle abajo de maizales y pueblos pequeños de una parte y otra de camino.

Otro dia domingo partió deste pueblo, y por la mañana llegó á otro pueblo, donde recibió el capitan y los que con él iban mucho servicio, y á la noche llegaron á otro pueblo, donde asimesmo les fué hecho mucho servicio, y presentaron los indios de aquel pueblo muchas ovejas y chicha y todo lo demás que fué menester.

Toda aquella tierra es muy abundante de ganados y maiz, que yendo los cristianos por el camino vian andar los hatos de ovejas por el camino.

El dia siguiente partió el capitan de aquel pueblo, y por el valle fué á comer á un pueblo grande que se dice Guarax, y el señor dél Pumacapillay, donde dél y de sus indios fué bien proveido de comida y gente para llevar las cargas.

Este pueblo está en un llano, pasa un rio junto á él; desde él se parecen otros pueblos, adonde hay muchos ganados y maiz. Solamente

para dar de comer al capitan y á su gente que con él iba, tenian en un corral doscientas cabezas de ganado.

De aquí salió el capitan tarde, y fué á dormir á otro pueblo que se dice Sucaracoay, donde le hicieron buen recebimiento; llámase el señor deste pueblo Marcocana. En este pueblo descansó el capitan un dia, porque la gente y los caballos venian cansados del mal camino. En este pueblo hubo buena guarda, porque era grande y Chilicuchima estaba cerca con cincuenta y cinco mil hombres. Otro dia partió deste pueblo por un valle de labranzas y mucho ganado; fué á dormir dos leguas de allí, á un pueblo pequeño que se dice Pachicoto. Aquí dejó el camino real que va al Cuzco y tomó el de los llanos. Otro dia partió deste pueblo, fué á dormir á otro que se dice Marcara; el señor dél se llama Corcora; este es de señores de ganado que tienen en él sus pastores, y en cierto tiempo del año los llevan allí á apacentar, como hacen en Castilla, en Extremadura; deste pueblo corren las aguas hácia la mar, y se hace el camino difícil, porque toda la tierra adentro es muy fria y de mucha agua y nieve, y la costa muy caliente, y llueve muy poco, que no basta para lo que siembran, sino que de las aguas que bajan de la sierra riegan la tierra, la cual

es muy abundosa de mantenimientos y frutas. Otro dia partió deste pueblo, y por un rio abajo de frutales y labranzas fué á dormir á un pueblo pequeño que se dice Guaracanga, y otro dia fué á dormir á un pueblo grande que se dice Parpunga, que está junto á la mar; tiene una casa fuerte con cinco cercas ciegas, pintada de muchas labores por de dentro y por de fuera, con sus portadas muy bien labradas á la manera de España, con dos tigres á la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados, de miedo de ver una gente nunca antes vista y los caballos, de los cuales se maravillaban más; y el capitan les hizo hablar por la lengua que llevaban, asegurándolos, y ellos sirvieron bien. En este pueblo tornó á tomar otro camino más ancho, que está hecho á mano por las poblaciones de la costa, tapiado de paredes de una parte y de la otra. En este pueblo de Parpunga estuvo el capitan dos dias porque la gente descansase y por esperar herraje. Partiendo el capitan deste pueblo, pasaron el y su gente un rio en balsas y los caballos á nado. y fué á dormir á un pueblo que se dice Guamamayo, que está en un barranco sobre la mar; junto á este pneblo se pasó otro rio á nado con mucha dificultad, porque iba muy crecido y furioso. En estos rios de las



costas no hay puentes, porque van muy grandes y derramados; el señor deste pueblo y su gente lo hicieron bien en ayudar á pasar las cargas, y dieron muy bien de comer á los cristianos, y gente para las cargas.

Deste pueblo partió el capitan con su gente á 9 dias del mes de enero, y fué á dormir á otro pueblo sujeto de Guamamayo, que son tres leguas de camino, la mayor parte poblado de labranzas y arboledas y fructales; el camino limpio y tapiado; este dia fué á dormir á un pueblo muy grande que está cerca de la mar, que se dice Guarna.

Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de aposentos; los cristianos fueron bien servidos de los señores del pueblo y de sus indios, y dieron todo lo que tuvieron menester en aquel dia. Luego el siguiente dia se partió el capitan y su gente, y fueron á dormir á un pueblo que se llama Llachu, que se le puso nombre el pueblo de las Perdices, porque en cada casa habia muchas perdices puestas en jaulas.

Los indios deste pueblo salieron de paz y holgáronse mucho con el capitan y sirviéronle bien, y el cacique deste pueblo nunca pareció. Otro dia partió el capitan deste pueblo algo de mañana, porque le habian hecho saber que

era grande la jornada, y fué á comer á un pueblo grande que se llama Suculacumbi, que hay cinco leguas de camino.

El señor del pueblo y los indios salieron de paz y dieron todo lo necesario de comida para aquel dia; y á hora de vísperas salieron el capitan y su gente deste pueblo por allegar otro dia al pueblo donde estaba la mezquita; y pasó un gran rio á vado y por el camino tapiado, y fué á dormir á un lugar del sobredicho pueblo, legua y media dél. Otro dia domingo, á 30 de enero, partió el capitan deste pueblo, y sin salir de arboledas y pueblos llegó á Pacalcami, que es el pueblo donde está la mezquita.

A medio camino está otro pueblo, donde el capitan comió. El señor de Pacalcami y los principales dél salieron á recebir á los cristianos de paz y mostraron mucha voluntad á los españoles.

Luego el capitan se fué á posentar con su gente á unos aposentos muy grandes que están á una parte del pueblo, y luego dijo el capitan que iba por mandado del señor Gobernador por el oro de aquella mezquita, que el cacique habia mandado al señor Gobernador, y que luego lo juntasen y se lo diesen, ó lo llevasen adonde el señor Gobernador estaba; y juntán-

dose todos los principales del pueblo y los pajes del ídolo, dijeron que lo darian, y anduvieron disimulando y dilatando. En conclusion, que trujeron muy poco y dijeron que no habia más. El capitan disimuló con ellos, y dijo que queria ir á ver aquel ídolo que tenian y que lo llevasen allá, y así fué llevado.

El ídolo estaba en una buena casa bien pintada, en una sala muy oscura, hidiondá y muy cerrada; tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cria y sostiene y cria los mantenimientos; á los piés dél tenian ofrecidas algunas joyas de oro; tiénenle en tanta veneracion, que solos sus pajes y criados que dicen que él señala, esos le sirven, y otro no osa entrar, ni tienen á otro por digno de tocar con la mano en las paredes de su casa.

Averiguóse que el diable sc reviste en aquel ídolo y habla con aquellos sus aliados, y les dice cosas diabólicas que manifiesten por toda la tierra.

A este tienen por dios y le hacen muchos sacrificios; vienen á este diablo en peregrinacion de trescientas leguas con oro y plata y ropa, y los que llegan van al portero y piden su don, y él entra y habla con el ídolo, y él dice que se lo otorga.

Antes que ninguno destos sus ministros entre á servirle, dicen que ha de ayunar muchos dias y no se ha de allegar á mujer. Por todas las calles deste pueblo y á las puertas principales dél, y á la redonda desta casa, hay muchos idolos de palo, y los adoran á imitacion de su diablo.

Hase averiguado con muchos señores desta tierra que desde el pueblo de Catamez, que es al principio deste gobernamiento, toda la gente desta costa servia á esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo; tenian sus casas y mayordomos adonde echaban el tributo, adonde se halló algun oro y muestra de haber alzado mucho más; averiguóse con muchos indios haberlo alzado por mandado del diablo.

Muchas cosas se podrian decir de las idolatrías que se hacen á este ídolo; mas por evitar prolejidad no las digo, mas de cuanto se dice entre los indios que aquel ídolo los hace entender que es su dios y que los puede hundir si le enojan y no le sirven bien, y que todas las cosas del mundo están en su mano.

Y la gente estaba tan escandalizada y temerosa de solamente haber entrado el capitan á verle, que pensaban que en yéndose de allí los cristianos los habia de destruir á todos.

Los cristianos dieron á entender á los indios el gran yerro en que estaban, y que el que hablaba dentro de aquel ídolo es el diablo, que los tenia engañados, y amonestáronles que de allí adelante no creyesen en él ni hiciesen lo que les aconsejase, y otras cosas acerca de sus idolatrías.

El capitan mandó deshacer la bóveda donde el ídolo estaba y quebrarle delante de todos, y les dió á entender muchas cosas de nuestra santa fé católica, y les señaló por armas para que se defendiesen del demonio la señal de la cruz †.

Este pueblo de Xachacama es gran cosa, tiene junto á esta mezquita una casa del sol, puesta en un cerro, bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados, como en España; el pueblo parece ser antiguo, por los edificios caidos que en él hay; lo más de la cerca está caida.

El principal señor dél se llama Taurichumbi. A este pueblo vinieron los señores comarcanos á ver al capitan con presentes de lo que habia en su tierra y con oro y plata; maravilláronse mucho de haberse atrevido el capitan á entrar donde el ídolo estaba y haberle quebrantado.

El señor de Malaque, llamado Lincoto, vino

á dar la obediencia á su majestad, y trujo presentre de oro y plata; el señor de Hoar, llamado Alincay, hizo lo mesmo; el señor de Gualco, llamado Guarilli, asimismo trujo oro y plata; el señor de Chincha, con diez principales suyos, trujeron presentes de oro y plata; este señor dijo que se llamaba Tambianvea, y el señor de Guarva, llamado Guaxchapaicho, y el señor de Colixa, llamado Aci, y el señor de Sallicaimarca, llamado Ispilo, y otros señores y principales de las comarcas traian sus presentes de oro y plata, que se juntó, con lo que fué sacado de la mezquita, noventa mil pesos. A todos estos caciques habló el capitan muy bien, agradesciéndoles su venida; y mandóles, en nombre de su majestad, que siempre lo hiciesen así, y envióles muy contentos.

En este pueblo de Xachacama tuvo el capitan Hernando Pizarro noticia que Chilicuchima, capitan de Atabalipa, estaba cuatro jornadas de allí con mucha gente y con el oro, y que no queria pasar de allí, antes decia que venia á dar guerra á las cristianos. El capitan le envió un mensajcro asegurándole, y envióle á decir que viniese con el oro, que ya sabia que su señor estaba preso y habia muchos dias que le esperaba, y que tambien estaba enojado el señor Gobernador de su tardanza, y otras

muchas cosas le envió á decir, asegurandole para que viniese; porque él no podia ir á verse con él, porque habia mal camino para los caballos, y que en un pueblo que estaba en el camino, el que mas presto llegase aguardase al otro.

Chilicuchima envió á decir que él haria lo que el capitan mandaba, y que en ello no habria otra cosa.

Y asf, el capitan se despachó del dicho pueblo de Xachacama para venir á juntarse con Chilicuchima, y por las mismas jornadas vino hasta el pueblo de Guarva que está en el llano junto á la mar, y allí dejó la costa y tornó á entrar por la tierra adentro.

A 2 dias del mes de marzo salió el capitan Hernando Pizarro del dicho pueblo de Guarva, y caminó por un rio arriba, cercado de muchas arboledas, todo aquel dia, y á la noche fué á dormir á un pueblo que está en la ribera deste rio; este pueblo donde el capitan fué á dormir está subjecto al sobredicho pueblo de Guarva, y llámase Guaranga. El dia siguiente partió el capitan deste pueblo, y fué á dormir á otro pueblo pequeño que se dice Aillon, que está situado junto á la sierra, el cual es subjecto á otro pueblo mas principal llamado Aratambo, de muchos ganados y maíz.

Otro dia, á 5 dias de dicho mes, fué á dormir á otro pueblo subjecto de Caxatambo, que se dice Chincha. En el camino está un puerto de nieve muy agro, la nieve daba a las cinchas de los caballos; este pueblo es de muchos ganados; aqui estuvo el capitan dos dias.

Sábado, á 7 del dicho mes, partió deste pueblo y fué á dormir á Caxatambo; este es un muy gran pueblo, situado en un valle hondo, donde hay muchos ganados, y por todo el camino hay muchos corrales de ovejas.

Llámase el señor deste pueblo Sachao; hízolo bien en el servicio de los españoles.

En este pueblo tornó á tomar el camino ancho por donde el dicho Chilicuchima habia de ir; hay tres dias de traviesa.

Aquí se informó el capitan si habia pasado á juntarse con él, como habia quedado; todos los indios le decian que habia pasado y llevaba todo el oro; y segun despues pareció, ellos estaban avisados que lo dijesen así, porque el capitan se viniese, y él quedaba en Jauja sin pensamiento de venir; y como se cree destos indios que pocas veces dicen verdad, el capitan determinó, aunque fué gran trabajo y peigro, de salir al camino real por donde Chilicuchima habia de venir, para saber si habia pasado, y si no fuese pasado, ir á verse con él



do quiera que estuviese, así por traer el oro como por deshacer el ejército que tenia y atraerlo por bien, y si no quisiese, dar en él y prenderlo.

Y así, el capitan con su gente tomó la vía de un pueblo grande, llamado Pombo, que está en el camino real.

Lúnes, á 9 de dicho mes, fué á dormir á un pueblo que está entre sierras, que se dice Oyu.

El Cacique salió de paz, y dió á los cristianos todo lo que tuvieron menester para aquella noche.

Otro dia de mañana fué el capitan á dormir á un pueblo chico de pastores que está cerca de una laguna de agua dulce, que tiene tres leguas de circúito, en un llano donde hay muchos ganados medianos como los de España y de lana muy fina.

Otro dia miércoles por la mañana llegó el capitan con su gente al pueblo de Pombo, y saliéronle á recebir todos los señores del pueblo y algunos capitanes de Atabalipa que estaban allí con cierta gente.

Allí halló el capitan ciento y cincuenta arrobas de todo oro que Chilicuchima enviaba, y él quedaba con su gente en Jauja.

Luego como el capitan se aposentó y preguntó á los capitanes de Atabalipa qué era la

causa que Chilicuchima enviaba aquel oro, y no venia él, como habia prometido, ellos respondieron que porque él tenia mucho miedo de los cristianos no habia venido, y tambien porque esperaba mucho oro que venia del Cuzco y no osaba ir con tan poco.

El capitan Hernando Pizarro hizo un mensajero desde este pueblo á Chilicuchima asegurándole, y haciéndole saber que, pues él no habia venido, que él iba adonde estaba, que no tuviese miedo. En este pueblo descansó un dia, por llevar los caballos algo aliviados para si fuese menester pelear.

Viernes, á 14 dias de dicho mes de Marzo, se partió el capitan con toda su gente de pié y de caballo, y del dicho pueblo de Pombo para ir á Jauja, y este dia fué á dormir y un pueblo llamado Xacamalca, seis leguas de tierra llana del pueblo de donde partió; hay en el campo una laguna de agua dulce que comienza de junto á este pueblo, y tiene de circúito ocho ó diez leguas, toda cercada de pueblos, y cerca della hay muchos ganados, y hay en ella aves de agua de muchas maneras y pescados pequeños,

En esta laguna tuvo el padre de Atabalipa y él muchas balsas traidas de Túmbez para su recreación. Sale desta laguna un rio que va al

pueblo de Pombo, y pasa de una parte dél muy sesgo y hondable, y pueden venir por él á desembarcar á una puente que está junto al pueblo; los que pasan pagan portazgo, como en España.

Por todo este rio hay muchos ganados, y púsose por nombre Guadiana, porque le parece mucho.

Sábado, á 15 dias del dicho mes, partió el capitan del pueblo de Xacamalca, y fué á comer á una casa que está tres leguas de allí, donde tenia buen recebimiento de comida, y fué á dormir otras tres leguas adelante, á un pueblo llamado Carma, que está en una ladera de una sierra.

Allí le llevaron á aposentar en una casa pintada que tiene muy buenos aposentos. El señor deste pueblo lo hizo bien, así en el dar de comer como en dar gentes para las cargas. Domingo por la mañana se partió el capitan deste pueblo, porque era algo grande la jornada, y comenzó á caminar su gente puesta en orden, recelando que Chilicuchima estaba de mal arte, porque no le habia hecho mensajero. A hora de vísperas llegó á un pueblo llamado Yanaimalca; del pueblo le salieron á recebir; allí supo que Chilicuchima estaba fuera de Jauja, de donde tuvo más sospecha, y porque

estaba una legua de Jauja, en acabando dé comer caminó, y llegando á vista della y desde un cerro, vieron muchos escuadrones de genfe, y no sabian si eran de guerra ó del pueblo. Llegado el capitan con su gente á la plaza principal del dicho pueblo. vieron que los escuadrones eran de gente del pueblo, que se habian juntado para hacer fiestas.

Luego como el capttan llegó, ante de apearse, preguntó por Chilicnchima, y dijéronle que era ido á otros pueblos y que otro dia se vernia.

So color de ciertos negocios, él se habia ausentado hasta saber de los indios que venian con el capitan el propósito que los españoles llevaban; porque, como él via que habia hecho mal en no cumplir lo que habia prometido, y que el capitan habia venido ochenta leguas á verse con él, y por estas causas sospechó que iba á prenderle ó matarle, y por el miedo que este capitan tenia á los cristianos, especialmente á los de caballo, por eso se ausentó. El capitan llevaba consigo á un hijo del Cuzco viejo, el cual, como supo que Chilicuchima se habia ausentado, dijo que queria ir á donde él estaba; y así, fué en unas andas. Toda aquella noche estuvieron los caballos ensillados y enfrenados, y mandó á los señores del pueblo que

ningun indio pareciese en la plaza, porque los caballos estaban enojados y los mataran. Otro dia siguiente vino aquel hijo del Cuzco, y con él Chilicuchima, los dos en andas bien acompañados; y entrando por la plaza se apeó, y dejó toda la gente, y con algunos que le acompañaban fué á la posada del capitan Hernando Pizarro á verle y á desculparse por no haber ido, como lo habia prometido, y como no le habia salido á recebir, diciendo que no habia podido más con sus grandes ocupaciones; y preguntándole el capitan cómo no habia ido á juntarse con él, segun lo habia prometido, Chilicuchima respondió que su señor Atabalipa le habia enviado á mandar que se estuviese quedo; el capitan le respondió que ya no tenia nengun enojo dél; pero que se aparejase, que habia de ir con él adonde estaba el Gobernador, el cual tenia preso á su señor Atabalipa, y que no le habia de soltar hasta que diese el oro que habia mandado, y que él sabia como tenia mucho oro; que lo allegase todo, y que se fuesen juntos, y que le seria hecho buen tratamiento.

Chilicuchima respondió que su señor le habia enviado á mandar que se estuviese quedo; que si no le enviase á mandar otra cosa que no osaria ir; porque, como aquella tierra

era nuevamente conquistada, si él se fuese tornaríase á rebelar.

Hernando Pizarro estuvo porfiando con él mucho; en conclusion, quedó que él se veria en ello aquella noche, y por la mañana le hablaria. El capitan lo queria atraer por buenas razones por no alborotar la tierra porque pudiera venir daño á tres españoles que eran idos á la ciudad del Cuzco.

Otro dia por la mañana Chilicuchima fué á su posada, y dijo que, pues él queria que fuese con él, que no podia hacer otra cosa de lo que mandaba; que él se queria ir con él, y que dejaria otro capitan con la gente de guerra que allí tenia; y aquel dia juntó hasta treinta cargas de oro bajo, y concertaron de irse desde á dos dias; en los cuales vinieron hasta treinta ó cuarenta cargas de plata; en estos dias se guardaron mucho los españoles, y de dia y de noche estaban los caballos ensillados, porque aquel capitan de Atabalipa se vido tan poderoso de gente, que si hobiera dado de noche en los cristianos, hiciera gran daño. Este pueblo de Jauja es muy grande y está en un hermoso valle; es tierra muy templada, pasa cerca del pueblo un rio muy poderoso; es tierra abundosa; el pueblo está hecho á la manera de los de España, y las calles bien tra-

zadas; á vista dél hay otros pueblos subjectos á él; era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que, al parecer de los españoles, se juntaban cada dia en la plaza principal cien mil personas, y estaban los mercados y calles del pueblo tan llenos de gentes, que parecia que no faltaba persona.

Habia hombres que tenian cargo de contar toda esta gente, para saber los que venian á servir á la gente de guerra; otros tenian cargo de mirar lo que entraba en el pueblo.

Tenia Chilicuchima mayordomos que tenian cargo de proveer de mantenimientos á la gente; tenia muchos carpinteros que labraban madera, y otras muchas grandezas tenia acerca de su servicio y guarda de su persona; tenia en su casa tres ó cuatro porteros.

Finalmente, en su servicio y en todo lo demás imitaba á su señor; este era temido en toda aquella tierra porque era muy valiente hombre, que habia conquistado, por mandado de su señor, mas de seiscientas leguas de tierra, donde hubo muchos recuentros en el campo y en pasos malos, y en todos fué vencedor, y ninguna cosa le quedó por conquistar en toda aquella tierra.

Viernes á 20 dias del mes de marzo, partió el capitan Hernando Pizarro del dicho pueblo

de Jauja para dar la vuelta al pueblo de Cax
malca, y con él Chilicuchima, y por las me
mas jornadas vino hasta el pueblo de Pomb
adonde viene á salir el camino real del Cuzc
donde estuvo el dia que llegó y otro.

Miércoles partieron del dicho pueblo (
Pombo, y por unos llanos, donde habia m
chos hatos de ganado, fueron á dormir á un
aposentos grandes. Este dia nevó mucho. Ot
dia fueron á dormir á un pueblo que está e
tre unas sierras, que se dice Tambo; hay jun
à él un hondo rio, donde hay una puente,
para bajar al rio hay una escalera de pied
muy agra, que habiendo resistencia de arrib
harian mucho daño.

El capitan fué bien servido del señor des
pueblo de todo lo que fué menester para él,
hicieron gran fiesta por respecto del capit
Hernando Pizarro, y tambien porque venia co
él Chilicuchima, á quien solian hacer fiesta
Otro dia fueron á dormir á otro pueb
llamado Tonsucancha, y el cacique princip
dél se llama Tillima; aqui tuvieron buen rec
bimiento, y hubo mucha gente de servici
porque, aunque el pueblo era pequeño, ac
dieron allí los comarcanos à recebir y ver à lo
cristianos.

En este pueblo hay muchos ganados p

queños de muy buena lana, que parece à la de España.

Otro dia fueron á dormir á otro pueblo que se dice Guaneso, que habia de allí cinco leguas de camino, lo más dél enlosado y empedrado, y hechas sus acequias por do va el agua. Dicen que fué hecho por causa de las nieves que en cierto tiempo del año caen por aquella tierra. Este pueblo de Guaneso es grande y está en un valle cercado de sierras muy agras; tiene el valle tres leguas de circúito, y por la una parte, viniendo á este pueblo de Caxamalca, hay una gran subida muy agra; en este pueblo hicieron buen recebimiento al capitan y á los cristianos, y dos dias que allí estuvieron hicieron muchas fiestas.

Este pueblo tiene otros comarcanos que le son subjectos; es tierra de muchos ganados.

El postrimero dia del sobredicho mes partió el capitun con su gente deste pueblo, y llegaron á una puente de un rio caudal, hecha de maderos muy grüesos, y en ella habia porteros que tenian cargo de cobrar el portazgo, como entre ellos es costumbre.

Este dia fueron á dormir á cuatro leguas de aqueste pueblo donde Chilicuchima tuvo proveido de todo lo que fué menester para aquella noche.

Otro dia, 1.° del mes de abril, partier
deste pueblo, y fueron á dormir á otro que
llama Pincosmarca; este pueblo está en la la
ra de una sierra agra; llámase el cacique P
pay.

Otro dia partió el capitan deste pueblo
fué á dormir tres leguas de allí, á un buen p
blo llamado Guari, donde hay otro rio gran
y hondo, donde hay otra puente. Este lugar
muy fuerte, porque tiene por las dos par
hondos barrancos.

Aquí dijo Chilicuchima que habia habi
un recuentro con la gente del Cuzco, que
habia aguardado en este paso, y se le def
dieron dos ó tres dias; y cuando los del Cuz
iban de vencida, ya que era pasada alguna ge
te, quemaron la puente, y Chilicuchima y
gente pasaron nadando, y mataron muchos
los del Cuzco.

Otro dia partió el capitan deste pueblo,
fué á dormir á otro pueblo que se dice Pisc
bomba; este pueblo es muy grande y está en
ladera de una sierra; llàmase el cacique d
Tanguame; deste cacique y de sus indios fué
capitan bien recebido, y los cristianos bien se
vidos.

En el medio del camino deste pueblo
Guacacamba hay otro rio hondable, y en

otras dos puentes juntas, hechas de red, como las que arriba dije, que sacan un cimiento de piedra de junto al agua, y de una parte á otra hay unas maromas tan gruesas como el muslo, hechas de bimbres, y sobre ellas atraviesan muchos cordeles gruesos y muy tejidos, y hacen sus bordos altos; y por debajo estàn unas piedras muy grandes atadas, para tener recia la puente, y los caballos pasaron muy bien la puente, aunque se andaba, que es una cosa muy temerosa de pasar para quien no ha pasado; pero no hay peligro, porque está muy fuerte. En todas estas puentes hay guardas como en España, y tienen la misma orden que arriba dije.

Otro dia partió el capitan con su gente deste pueblo; y fué á dormir á unas caserías que están á cinco leguas dél.

Otro dia partió el capitan con su gente deste pueblo, que se dice Agoa, subjecto de Piscobamba; es buen pueblo y de muchos maizales; está entre sierras; el cacique y sus indios dieron lo que fué menester aquella noche, y á la mañana dieron la gente de servicio que fué menester.

Otro dia fueron el capitan y su gente á dormir á otro pueblo que se dice Conchucho, que son cuatro leguas de camino muy agrio.

Este pueblo está en una hoya; media legua antes que lleguen á él va camino muy ancho cortado por peña, hechos en la peña escalones; hay muchos malos pasos, y fuertes si hubiese defensa. Partiendo de allí el capitan y su gente, fueron á dormir á otro pueblo, llamado Andamarca, que es donde se apartó para ir á Pachamaca; á este pueblo se vienen á juntar los dos caminos reales que van al Cuzco. Del pueblo de Pombo á éste hay tres leguas de camino muy agrio; en las bajadas y subidas tiene hechas sus escaleras de piedra; por la parte de la ladera tiene su pared de piedra porque no puedan resbalar, porque por algunas partes podrian caer, que se harian pedazos; para los caballos es gran bien, que caerian si no hobiese pared. En medio del camino hay una puente de piedra y madera muy bien hecha, entre dos peñoles, y á la una parte de la puente hay unos aposentos bien hechos y un patio empedrado, donde dicen los indios que cuando los señores de aquella tierra caminaban por allí, les tenian hechos banquetes y fiestas.

Deste pueblo vino el capitan Hernando Pizarro por las mesmas jornadas que llevó hasta la ciudad de Caxamalca, donde entró, y con él Chilicuchima, á 25 dias del mes de mayo año de 1533. Aquí se ha visto una cosa que no se

ha visto después que las Indias se descubrieron y aun entre españoles es bien de notar, que al tiempo que Chilicuchima entró por las puertas donde estaba preso su señor, tomó á un indio de los que consigo llevaba y una carga mediana, y echósela encima, y con él otros muchos principales de aquellos que consigo llevaba; y así cargado él y los otros, entró donde su señor estaba, y cuando lo vió, alzó las manos al sol, y dióle gracias porque se lo habia dejado ver; y luego con mucho acatamiento, llorando, se llegó á él y le besó en el rostro y las manos y los piés, y asimismo los otros principales que venian con él. Atabalipa mostró tanta majestad, que, con no tener en todo su reino á quien tanto quisiese, no le miró á la cara ni hizo dél más caso que del más triste indio que viniera delante dél; y esto de cargarse para entrar á ver á Atabalipa es cierta cerimonia que se hace á todos los señores que han reinado en aquella tierra. La cual dicha relacion, yo Miguel de Estete, veedor que fuí en el viaje que el dicho capitan Hernando Pizarro hizo, truje de todo lo susodicho, de la manera que sucedió.—*Miguel Estete.*



PROSIGUE EL PRIMER AUCTOR

Visto por el Gobernador que seis navíos que estaban en el puerto de San Miguel no se podian sostener, y que dilatando su partida se perdieran, y los maestros dellos, que á él vinieron, le habian requerido que los pagase y los despachase, el Gobernador hizo ayuntamiento para despacharlos y para hacer relacion á su majestad de lo sucedido.

E juntamente con los oficiales de su majestad acordó que se hiciese fundicion de todo el oro que hay en este pueblo, que Atabalipa habia hecho traer, y de todo lo demás que llegara antes que la fundicion se acabe, porque fundido y repartido, no se detenga más aquí el Gobernador, y vaya á hacer la poblacion, como manda su majestad.

Año de 1533, andados trece dias del mes de mayo, se pregonó y comenzó á hacer la fundicion.

Pasados diez dias, llegó á este pueblo de Caxamalca uno de los tres cristianos que fueron á la ciudad del Cuzco; este es el que fué por escribano y trujo la razon de cómo se habia tomado posesion en nombre de su majestad en aquella ciudad del Cuzco; asiemesmo trujo relacion de los pueblos que hay en el camino, en que dijo que hay treinta pueblos principales, sin la ciudad del Cuzco, y otros muchos pueblos pequeños; y dijo que la ciudad del Cuzco es tan grande como se ha dicho, y que está asentada en una ladera cerca del llano; las calles muy bien concertadas y empedradas, y que en ocho dias que allí estuvieron no pudieron ver todo lo que allí habia; y que una casa del Cuzco tenia chapería de oro, que la casa es muy bien hecha y cuadrada, y tiene de esquina á esquina trecientos y cincuenta pasos, y de las chapas de oro que esta casa tenia quitaron setecientas planchas, que una con otra tenian á quinientos pesos, y de otra casa quitaron los indios cuantidad de docientos mil pesos, y que por ser muy bajo no lo quisieron recebir, que ternia á siete ó ocho quilates el peso: y que no vieron más casas chapa-

das de oro destas dos, porque los indios no les dejaron ver toda la ciudad, y que por la muestra y parecer de la ciudad y de los oficiales della creen que hay mucha riqueza en ella; y que hallaron allí al capilan Quisquis que tiene esta ciudad por Atabalipa, con treinta mil hombres de guarnicion, con que la guarda, porque confina con caribes y con otras gentes que tienen guerra con aquella ciudad; y otras muchas cosas dijo que hay en aquella ciudad, y de la buena orden della, y que el principal que con ellos fué viene con los otros dos cristianos con seiscientas planchas de oro y plata, y mucha cuantidad que les dió en Jauja el principal que allí dejó Chilicuchima.

Por manera que en todo el oro que traen vienen ciento y setenta y ocho cargas, y son las cargas de paligueres que las traen cuatro indios, y que traen poca plata, y que el oro viene á los cristianos poco á poco y deteniéndose, porque son menester muchos indios para ello, y los vienen recogiendo de pueblo en pueblo, y que cree que llegará á Caxamalca dentro de un mes.

El oro que se ha dicho que venia del Cuzco entró en este pueblo de Caxamalca á 13 dias de junio del año sobredicho, y vinieron docientas cargas de oro y veinte y cinco de plata; en el



oro al parecer habia más de ciento y treinta quintales; y después de haber venido esto, vinieron otras sesenta cargas de oro bajo; la mayor parte de todo esto eran planchas, á manera de tablas de cajas, de á tres y á cuatro palmos de largo.

Esto quitaron de las paredes de los bohíos, y traian agujeros, que parece haber estado clavadas.

Acabóse de hundir y repartir todo este oro y plata que se ha dicho, dia de Santiago; y pesado todo el oro y plata por una romana, hecha la cuenta. reducido todo á buen oro, hubo en todo un cuento y trecientos y veinte y seis mil y quinientos y treinta y nueve pesos de buen oro. De lo cual perteneció á su majestad su quinto, después de sacados los derechos de fundidor, docientos y sesenta y dos mil y docientos cincuenta y nueve pesos de buen oro. Y en plata hubo cincuenta y un mil y seiscientos y diez marcos, y á su majestad perteneció diez mil y ciento y veinte y un mil marcos de plata.

De todo lo demás, sacado el quinto y los derechos del hundidor, repartió el Gobernador entre todos los conquistadores que lo ganaron; y cupieron los de á caballo á ocho mil y ochocientos y ochenta pesos de oro y á trecientos

y sesenta y dos marcos de plata, y los de pié à cuatro mil y cuatrocientos y cuarenta pesos y á ciento y ochenta y un marcos de plata, y algunos á más y otros á menos, segun pareció al Gobernador que cada uno merecia, según la cualidad de las personas y trabajo que habian pasado.

De cierta cantidad de oro que el Gobernador apartó ante del repartimiento, dió á los vecinos que quedaron en el pueblo de San Miguel y á toda la gente que vino con el capitan Diego de Almagro y todos los mercaderes y marineros que vinieron despues de la guerra hecha; por manera que á todos los que en aquella tierra se hallaron alcanzó parte, y por esta causa se puede llamar fundicion general, pues á todos fué general.

Vióse en esta hundicion una cosa harto de notar, que hubo un dia en que se hundieron ochenta mil pesos, y comunmente se hundian cincuenta ó sesenta mil pesos. Esta hundicion fué hecha por los indios, que hay entre ellos grandes plateros y fundidores, que fundian con nueve forjas.

No dejaré de decir los precios que en esta tierra se han dado por los mantenimientos y otras mercadurías, aunque algunos no lo creerán por ser tan subidos; y puédolo decir con

verdad, pues lo ví, y compré algunas cosas. Un caballo se vendió por mil y quinientos pesos, y otros tres mil y trecientos. El precio comun dellos era dos mil y quinientos, y no se hallaban á este precio. Una botija de vino de tres azumbres sesenta pesos, y yo dí por dos azumbres cuarenta pesos; un par de borceguíes treinta ó cuarenta pesos, unas calzas otro tanto; una capa cien pesos, y ciento veinte; una espada cuarenta ó cincuenta, una cabeza de ajos medio peso; á este respecto eran las otras cosas (es tanto un peso de oro como un castellano); una mano de papel diez pesos. Yo dí por poco más de media onza de azafran dañado doce pesos.

Muchas cosas habia que decir de los crecidos precios á que se han vendido todas las cosas, y de lo poco en que era tenido el oro y la plata.

La cosa llegó á que si uno debia á otro algo le daba un pedazo de oro á bulto sin lo pesar, y aunque le diese al doble de lo que le debia no se le daba nada, y de casa en casa andan los que debian con un indio cargado de oro buscando á los acreedores para pagar lo que debian.

Dicho se cómo hase acabó la fundicion y se repartió el oro y la plata, y de la riqueza de

aquella tierra, y cómo es tenido en tan poco el oro y la plata, así de los españoles como de los indios. Hay lugar de los que son subjectos al Cuzco, que agora estaba por Atabalipa, adonde dicen que hay dos casas hechss de oro, y las pajas dellas, con que están cubiertas, todas hechas de oro.

Con el oro que aquí se trujo del Cuzco trajeron algunas pajas hechas de oro macizo con su espigueta hecha al cabo, propria como nace en el campo.

Si hobiera de contar la diversidad de las piezas de oro que se trajeron, seria para nunca acabar. Pieza hubo de asiento que pesó ocho arrobas de oro, y otras fuentes grandes con sus caños corriendo agua, en un lago hecho en la misma fuente, donde hay muchas aves hechas de diversas maneras, y hombres sacando agua de la fuente, todo hecho de oro. Asiemesmo se sabe por dicho de Atabalipa y de Chilicuchima y otros muchos, que tenia Atabalipa en Jauja ciertas ovejas, y pastores que las guardan, todo hecho de oro, y las ovejas y pastores grandes como los que hay en esta tierra: estas piezas eran de su padre, y prometió dar á los españoles. Grandes cosas se cuentan de las riquezas de Atabalipa y de su padre.

Agora digamos una cosa que no es para de-

jar de escrebir, y es que pareció ante el señor un cacique señor del pueblo de Caxamalca, y por las lenguas le dijo: «Hágote saber que despues que Atabalipa fué preso, envió á Quito, su tierra. y por todas las otras provincias, á hacer ayuntamiento de mucha gente de guerra para venirse sobre tí y tu gente y mataros á todos, y que toda esta gente viene con un gran capitan llamado Lluminabe, y que está muy cerca de aqui y verná de noche y dará en este real, quemándolo por todas partes, y al primero que trabajarán de matar será á tí, y sacarán de su prision á su señor Atabalipa. Y de la gente natural de Guito vienen docientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que comen carne humana, y de otra provincia que se dice Pazalta, y de otras partes, viene gran número de gente.» Oido por el Gobernador este aviso, agradeciólo mucho al cacique, y hízole mucha honra, y mandó á un escribano que lo asentase todo, y hízole sobre ello ínformacion, y tomó el dicho á un tio de Atabalipa y á algunos señores principales y á algunas indias, y hallóse ser verdad todo lo que dijo el cacique señor de Caxamalca. El Gobernador habló á Atabalipa, diciendo:

—¿Qué traicion es esta que me tienes armada, habiéndote yo hecho tanta honra como á

hermano y confiándome de tus palabras?» declaróle todo lo que habia sabido y tenia p información.

Atabalipa respondió, diciendo:

—¿Búrlaste conmigo? Siempre me hablas « sas de burla; ¿qué parte somos yo y toda : gente para enojar á tan valientes hombres « mo vosotros? No me digas estas burlas.

Y todo esto sin mostrar semblante de turl cion, sino riendo, por mejor disimular su m dad, y otras muchas vivezas de hombre agu ha dicho despues que está preso, de que l españoles que se las han oido están espan dos, de ver en hombre bárbaro tanta p: dencia.

El Gobernador mandó traer una caden: que se la echasen á la garganta, y envió d indios por espías á saber dónde estaba e: ejército, porque se decia que estaba á si leguas de Caxamalca, por ver si estaba en p: te donde pudiese enviar sobre ellos ciento á caballo; y supo que estaba en tierra m agria y que se venian acercando, y súpose q luego que le fué echada la cadena à Atabali envió sus mensajeros á hacer saber á aquel gran capitan cómo el Gobernador lo hal muerto; y que sabida esta muerte por él y l de su hueste, se habian retraido atrás; y q

tras aquellos mensajeros envió otros, enviándolos á mandar que luego viniesen sin detenerse, enviándoles avisos cómo y por dónde y á qué hora habian de dar en el real, porque él está vivo, y si se tardaban lo hallarian muerto.

Sabido todo esto por el Gobernador, mandó poner mucho recaudo en el real, y que todos los de caballo rondasen toda la noche, y en cada cuarto rondaban cincuenta de caballo, y en el del alba todos ciento y cincuenta, y en todas estas noches no durmieron el Gobernador y sus capitanes, requiriendo á sus rondas y mirando lo que convenia, y los cuartos que cabían de dormir á la gente; no se quitaban las armas y los caballos estaban ensillados.

Con este recaudo esta el real, hasta un sábado á la puesta del sol vinieron dos indios de los que servian á los españoles á decir al Gobernador que venian huyendo de la gente del ejército, que llegaban á tres leguas de allí, y que aquella noche ó otra llegarian á dar en el real de los cristianos, porque à gran priesa se venian acercando, por lo que Atabalipa les habia enviado á mandar.

Luego el Gobernador, con acuerdo de los oficiales de su majestad, y de los capitanes y personas de experiencia, sentenció á muerte á Atabalipa, y mandó por su sentencia, por la

traicion por él cometida, que muriese quemado si no se tornase cristiano, por la seguridad de los cristianos y por el bien de toda la tierra y conquista y pacificacion della; porque, muerto Atabalipa, luego desbarataria toda aquella gente, y no ternian tanto ánimo para ofender y hacer todo lo que les habia enviado á mandar.

Y así, le sacaron á hacer dél justicia, y llevándole á la plaza, dijo que queria ser cristiano.

Luego lo hicieron saber al Gobernador, y dijo que lo bautizasen; y bautizóle el muy reverendo padre fray Vicente de Valverde, que lo iba esforzando.

El Gobernador mandó que no lo quemasen, sino que lo ahogasen atado á un palo de la plaza, y así fué hecho; y estuvo alli hasta otro dia por la mañana, que los religiosos y el Gobernador con otros españoles, lo llevaron á enterrar á la iglesia con mucha solemnidad, con toda la demás honra que se le pudo hacer.

Así acabó este que tan cruel habia sido, con mucho ánimo, sin mostrar sentimiento, diciendo que encomendaba sus hijos al Gobernador.

Al tiempo que lo llevaban á enterrar, hubo



gran llanto de mujeres y criados de su casa. Murió en sábado á la hora que fué preso y desbaratado.

Algunos dijeron que por sus pecados murió en tal dia y hora como fué preso; y así pagó los grandes males y crueldades que en sus vasallos habia hecho; porque todos á una voz dicen que fué el mayor carnicero y cruel que los hombres vieron; que por muy pequeña causa asolaba un pueblo, por un pequeño delicto que un sólo hombre dél hobiese cometido, y mataba diez mil personas; por tirania tenia subjecta toda aquella tierra, y de todos era malquisto.

Luego tomó el Gobernador otro hijo del Cuzco viejo; llamado Atabaliba, que mostraba tener amistad á los cristianos, y lo puso en el señorío en presencia de los caciques y señores comarcanos y de otros indios; y les mandó que lo tuviesen todos por señor y le obedeciesen como antes obedecian á Atabalipa, pues este era señor natural por ser hijo del Cuzco viejo; y todos dijeron que lo ternian por tal señor y le obedescerian, como el Gobernador les mandaba.

Agora quiero decir una cosa admirable, y es, que veinte dias antes que esto acaesciese, ni se supiese de la hueste que Atabalipa habia hecho juntar, estando Atabalipa una noche muy

alegre con algunos españoles, hablando con ellos, pareció á deshora una señal en el cielo, á la parte del Cuzco, como cometa de fuego' que duró mucha parte de la noche; y vista esta señal por Atabalipa, dijo que muy presto habia de morir en aquella tierra un gran señor.

Cuando el Gobernador hubo puesto en el estado y señorío desta tierra á Atabaliba el menor (como ya es dicho), díjole el Gobernador que le queria notificar lo que su majestad manda, y lo que ha de hacer y cumplir para ser su vasallo.

Atabaliba respondió que habia de estar retraido cuatro dias sin hablar á ninguno, porque así se usa entre ellos cuando un señor muere, para que el sucesor sea temido y obedescido, y luego le dan todos la obediencia. Así, estuvo los cuatro dias retraido, y despues asentó con él las paces el Gobernador con solemnidad de trompetas, y le entregó la bandera real, y él la recibió y alzó con sus manos por el Emperador nuestro señor, dándose por su vasallo. Luego todos los señores principales y caciques que presentes se hallaron, con mucho acatamiento lo recibieron por señor y le besaron la mano y en el carrillo; y volviendo las caras al sol, le dieron gracias, las manos juntas diciendo que les habia dado señor natural. Así



fué recebido este señor al estado de Atabalipa, y luego le pusieron una borla muy rica atada par la cabeza, que desciende desde la frente, que cuasi le tapaba los ojos, que entre ellos es corona, que trae el que es señor del Cuzco, y así la traia Atabalipa.

Y después de todo esto, algunos de los españoles que habian conquistndo la tierra, mayormente los que habia mucho tiempo que estaban allá, y otros que, fatigados de enfermedades y heridas, no podian servir ni estar allá, demandaron licencia al Gobernador, suplicándole que les dejase venir á sus tierras con el oro y plata y piedras y joyas que les habian cabido de su parte; la cual licencia les fué concedida, y algunos dellos vinieron con Hernando Pizarro, hermano del Gobernador, y á otros se les dió después licencia, visto que cada dia le venia gente de nuevo, que concurria á la fama de la riqueza que habian habido. Y el Gobernador dió algunas ovejas y carneros y indios á los españoles á quien habia dado licencia, para que trujesen su oro y plata y ropa hasta el pueblo de San Miguel, y en el camino perdieron algunos particulares oro y plata en cuantidad de más de veinticinco mil castellanos, porque los carneros y ovejas se les huian con el oro y plata, y tambien huian algunos indios.

Y en este camino padecieron, desde la ciudad del Cuzco hasta el puerto, que son cuasi docientos leguas, mucha hambre y mucha sed, y mucho trabajo, y grande falta de bestias ó personas para que les trujesen sus haciendas. Y así, embarcándose, vinieron á Panamá, y desde allí al Nombre de Dios, adonde se embarcaron, y Nuestro señor los trujo hasta Sevilla, adonde hasta agora son venidas cuatro naos, las cuales trujeron la siguiente cuantidad de oro y plata.

Año de 1533, á 5 dias del mes de deciembre, llegó á esta ciudad de Sevilla la primera destas cuatro naos, en la cual vino el capitan Cristóbal de Mena, el cual trujo suyos ocho mil pesos de oro y novecientos y cincuenta marcos de plata. Item vino un reverendo clérigo, natural de Sevilla, llamado Juan de Sosa, que trujo seis mil pesos de oro y ochenta marcos de plata. Item vinieron en esta nao, allende de lo sobredicho, treinta y ocho mil y novecientos y cuarenta y seis pesos.

Año de 1534, á 9 dias del mes de enero, llegó al rio de Sevilla la segunda nao, nombrada Santa María del Campo, en la cual vino el capitán Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, Gobernador y capitan general de la Nueva-Castilla. En esta nao vinieron para su

majestad ciento y cincuenta y tres mil pesos de oro y cinco mil y cuarenta y ocho marcos de plata. Más, trujo para pasajeros y personas particulares trecientos y diez mil pesos de oro, y trece mil y quinientos marcos de plata, sin lo de su majestad. Lo sobredicho vino en barras y planchas y pedazos de oro y plata, cerrado en cajas grandes.

Allende de la sobredicha cuantidad, trujo esta nao para su majestad ciento treinta y ocho vasijas de oro y cuarenta y ocho de plata, entre las cuales habia una águila de plata que cabian en su cuerpo dos cántaros de agua, y dos ollas grandes, una de oro y otra de plata, que en cada una cabrá una vaca despedazada; y dos costales de oro, que cabrà en cada uno dos hanegas de trigo, y un ídolo del tamaño de un niño de cuatro años, y dos atambores pequeños. Las otras vasijas eran càntaros de oro y plata, que en cada uno cabrán dos ärrobas y más.

Item en esta nao trujeron, de pasajeros, veinte y cuatro cántaros de plata y cuatro de oro.

Este tesoro fué descargado en el muelle y llevado á la casa de la contratacion, las vasijas á cargas, y lo restante en veintisiete cajas, que un par de bueyes llevaban dos cajas en una

carreta. En el sobredicho año, el 3.º dia del mes de junio, llegaron otras dos naos; en la una venia por maestre Francisco Rodríguez, y en la otra Francisco Pabon; en las cuales trujeron para pasajeros y personas particulares ciento y cuarenta y seis mil y quinientos y diez y ocho pesos de oro y treinta mil y quinientos y once marcos de plata.

Allende de las vasijas y piezas de oro y plata sobredichas, suma el oro destas cuatro naos setecientos y ocho mil y quinientos y ochenta pesos.

Es tanto un peso de oro como un castellano; véndese comunmente cada peso por cuatrocientos y cincuenta maravedis; y contando todo el oro que se registró de todas cuatro naos, sin poner en cuenta las easijas y otras piezas, suma lo restante trecientos y diez y ocho cuentos y ochocientos y sesenta y un mil maravedís.

Y la plata es cuarenta y nueve mil y ocho marcos. Es cada marco ocho onzas, que, contándolo á dos mil y docientos y diez maravedís, suma toda la plata ciento y ocho cuentos y trecientos y siete mil y seiscientos y ochenta maravedís.

La una de las dos naos postreras que llegaron (en la cual vino por maestre Francisco Ro-

driguez) es de Francisco de Jerez, natural desta ciudad de Sevilla, el cual escribió esta relacion por mandado del Gobernador Francisco Pizarro, estando en la provincia de la Nueva-Castilla, en la ciudad de Caxamalca, por secretario del señor Gobernador,

á Dios gracias



DIRIGE EL AUTOR SUS METROS AL EMPERADOR REY NUESTRO SEÑOR

Oh cesarea majestad,
emperador, rey de España
y de la gran tierra extraña
nueva, y de más cuantidad,
que el gran Océano baña;
invicto, semper augusto,
suplico no os dé mal gusto
el poner ejemplo en vos
como pocas veces Dios
favoresce sino al justo.
Cuando vuestra majestad
niño comenzó á reinar,
dejábase gobernar,
conosciendo ser su edad
tierna para sentenciar;
mas después como crescia,
y mejor ya conoscia
á qué es obligado el rey,
comenzó á regir por ley,
como la ley disponia.
Y en comenzando á regir,



puso el reino temeroso
y juntamente amoroso,
porque comenzó á sentir
rey severo y piadoso;
que la gran severidad
junta está con la piedad,
porque la severa mano,
con castigar al tirano,
pone al pueblo en libertad.
Hizo Dios de dos hermanos
ser el uno emperador,
y él hizo por sucesor
al otro rey de romanos
y de Hungría rey señor;
y á vos, Carlo, dió poder
con que pudiste vencer
al turco tan poderoso;
pues justo, sabio, animoso,
¿qué mas puede rey tener?
Por estas virtudes tales,
y por vuestra religion,
quiso Dios, no sin razon,
daros tales naturales,
que ponen admiracion.
Tan sabia gente y tan buena,
tan de esfuerzo y virtud llena,
que cuando os sucede guerra
os defienden vuestra tierra
y os sojuzgan el ajena.
¿Quereis ver qué tales son
solos vuestros castellanos?
digan franceses, romanos,
moros y cualquier nacion,
cuàles quedan de sus manos.

Ningun señor tiene gente
tan robusta y tan valiente,
cristiano, gentil ni moro,
y este es el cierto tesoro
para ser el rey potente.
Aventurando sus vidas
han hecho lo no pensado,
hallar lo nunca hallado,
ganar tierras no sabidas,
enriquecer vuestro estado,
ganaros tantas partidas
de gentes antes no oidas,
y, tambien, como se ha visto,
hacer convertirse á Cristo
tantas ánimas perdidas.
¿Quién pensó ver en un ser
guerra humana y divinal,
toda junta en un metal
que vencen á Lucifer
con el arma temporal?
No sé cómo se conciertan
cosas en que tanto aciertan;
que solamente con ver
pocos ó muchos vencer,
les hacen que se conviertan.
De lo que hacen y traen,
sin saber contar el cuánto,
nos ponen tan gran espanto
que los pensamientos caen
que no pueden subir tanto;
por lo cual tiene Castilla
una tal ciudad, Sevilla,
que en todas las de cristianos
pueden bien los castellanos

contarla por maravilla.
Della salen, á ella vienen
ciudadanos labradores,
de pobres hechos señores,
pero ganan lo que tienen
por buenos conquistadores;
y pues para lo escrebir
sé que no puede cumplir
memoria, papel ni mano,
de un mancebo sevillano
que he visto quiero decir.
Entre los muchos que han ido
(hablo de los que han tornado)
ser este el más señalado,
porque he visto que ha venido,
sin tener cargo, cargado;
y metió en esta colmena
ciento y diez arrobas buenas;
en nueve cajas bien llenas,
segun vimos y se suena.
Ha veinte años que está allá,
los diez y nueve en pobreza,
y en uno cuanta riqueza
ha ganado y trae acá,
ganó con gran fortaleza;
peleando y trabajando,
no durmiendo, mas velando,
con mal comer y beber:
ved si merece tener
lo que ansi ganó burlando.
Tanto otro allá estuviera,
sin que allá nada ganara;
sin dubda desconfiara,
y sin nada se volviera,

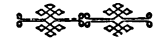
sin que más tiempo esperara;
de modo que su ganancia
procedió de su constancia,
que quiso con su virtud
proveer su senectud
con las obras de su infancia.
Con ventura, que es juez
en cualquiera calidad,
se partió desta ciudad,
. . . .
en quince años de su edad,
y ganó en esta jornada
traer la pierna quebrada
con lo demás que traia,
sin otra mercaderia
sino su persona armada.
Sobre esta tanta excelencia
hay mil malos envidiosos,
maldicientes, mentirosos,
que quieren poner dolencia
en los hombres virtuosos;
con esta envidia mortal
aunque este es su natural,
dicen dél lo que no tiene,
de envidia de cómo viene;
mas no le es ninguno igual.
Y porque en un hombre tal
hemos de hablar forzado
debe ser muy bien mirado,
porque no se hable mal
en quien debe ser honrado:
y pues yo, que escribo, quiero
ser autor muy verdadero,
porque culpado no fuese,



antes que letra escribiese,
me he informado bien primero.
Y he sabido que su vida
es de varon muy honesto,
y que mil veces la ha puesto
en arrisco tan perdida
cuanto está ganada en esto;
y bien parece en lo hecho
que quien de tan grande estrecho
ha salido con victoria,
bien merece fama y gloria
con el mundano provecho.
Es de un Pedro de Jerez
hijo, ciudadano honrado;
yo en mi vida le he hablado,
sino fué sola una vez
de paso y arrebatado:
al hijo nunca lo ví,
mas por lo que dél oí,
y que por quien es, merece,
muy poquito me parece
lo que en su favor escribí.
Dícenme pues sin reproche,
milite sabio en la guerra,
y en su tierra ó no su tierra
dicen que nunca una noche
sin obrar virtud se encierra;
y que desde que ha partido
hasta ser aquí venido
tiene en limosna gastados
mil y quinientos ducados
sin los más que da escondido.
Esto he querido escrebir
para que vuestra majestad,

porque si alguna maldad
de envidia van á decir,
sepa de mí la verdad:
y estos tales el buen rey
es obligado por ley
honrar y favorecellos,
y juntamente con ellos
Domine, memento mei.
Y porque estoy obligado
que he de escrebir las hazañas
de los de vuestras Españas,
cada hecho señalado
en nuestras partes ó extrañas;
pareciéndome esta cosa
digna de escrebir en prosa,
y en metro, como la envio,
tómese el intento mio,
si no va escrita sabrosa.

FIN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ POR FRANCISCO DE XEREZ



ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE

Fué acabada de reimprimir la presente obra llamada la *Conquista del Perú* en la Muy Heroica Villa de Madrid en el establecimiento tipográfico de Juan Cayetano García, á veintiseis de Febrero de mil ochocientos noventa y uno








Stanford University Libraries
Stanford, California



